THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

862.8
T2553
v.164

a 00003 432191

This book must not be taken from the Library building.

Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández

Bartolo tiene una flauta

SAINETE

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1924

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1924

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORTAS

N.º de la procedencia

BARTOLO TIENE UNA FLAUTA

Bartolo tiene una flauta

SAINETE EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA de Madrid
el 19 de Abril de 1924

MADRID
J. MORALES, Impresor. Vinaroz, 8 (Prosperidad)
1924

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction rèservès pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

724968

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIQUILLA	AURORA REDONDO.
SOLEDAD	CONCHA BRAVO.
PLACIDA	MARÍA MAYOR.
MODESTA	JULIA POSADA.
JUANA	CONCHA GUERRA.
PEPA	AMPARO QUILLÉS.
REMEDIOS	ROSA ORNÉS.
BARTOLO	VALERIANO LEÓN.
BARTOLILLO	MANUEL LUNA.
AURELIO	FEDERICO GÓRRIZ.
LUIS	MANUEL PERALES.
LUCIANO	CARLOS DÍAZ.
BENITEZ	EDUARDO GÓMEZ.
RUIZ / GARRO	ANDRÉS TOBÍAS.
ATAULFO	ANTONIO GIMBERNAT.
RAMIREZ / MACHUCA	MARIANO AZAÑA.
SAMPEDRO	EDUARDO GÓMEZ.
LINO	J. VILLANUEVA.
AQUILINO	ANTONIO BRAÑA.

ACTO PRIMERO

Una plazuela de Sevilla, en la que desembocan varias calles estrechas. Esta plazuela, tan irregular como pintoresca, está virgen de rodadas, porque por ninguna de las calles que a ella afluyen cabe un carruaje. A la derecha, primero y segundo término, fachada de un caserón de dos pisos, una gran casa de vecindad, lo que en Sevilla se llama un corral. En último y en chaflán, el arranque de una callejuela tortuosa. En el foro, y en el lateral izquierda, se inicia el comienzo de otros callejones. Dos de ellos practicables. Epoca actual. Son las tantas de una tarde de invierno. Irá disminuyendo la luz gradualmente hasta hacerse de noche y quedar la escena iluminada por los faroles de las calles y el débil resplandor de algún zaguán o de alguna ventana enrejada y florida, cuyas maderas no fueron cerradas del todo.

(*Al levantarse el telón, LINO y AQUILINO, dos mozos de cuerda, bajo la vigilancia de RAMIREZ, alguacil de un Juzgado, están practicando lo que jurídicamente se llama un lanzamiento; es decir, que le están poniendo los muebles en la calle a un infeliz. En el centro de la plaza hay ya una mesa muy vieja y muy coja; un secretaire, que se deshace de puro an-*

ciano; una cómoda deslucidísima; un colchón escuálido y un catre de tijera, plegado. Sobre la cómoda, dos floreros abigarradísimos y de distintas hechuras, que sirven de vasos para beber; un botijo, varios platos algo averiados y unos cubiertos baratísimos. Junto a la mesa, en el suelo, varios libros viejos de tamaños distintos.)

AQUI. (*Que sale de la casa de la derecha con un baul mundo.*) Dice Sampedro, el secretario, que esto s'ha rematao.

RAMI. (*Por el baul.*) Póngalo ahí, junto a la cómoda.

AQUI. Sí, señó.

LINO. (*Contemplando los muebles.*) ¡Vaya un ajuar, señor Ramírez!

RAMI. ¡Pobre gente! Lo de años que llevo de arguasi y toavía no se me ha hecho a mí el cuerpo a estos esabrurtos. Menos mal que esta vé no nos apedrean los vesinos.

LINO. Ya se lo podemos agradesé a Plásida Gonzále, la viuda de Perea er cochero, que con er joyín que tiene armao ahí dentro, nos está hasiendo er quite.

RAMI. Es verdá.

AQUI. Pero ¿qué le pasa a esa tía que chilla tanto?

RAMI. Que es la nueva inquilina del cuarto que habemos desalojao y quiere a todo trance que la casera le dé la llave, y como eso no pué sé, porque esto de los désahucios tiene sus trámites y la llave tiene que dormí esta noche en er Juzgao, pos está ella de una contormidá que echa café.

AQUI. ¿Tanta priesa tiene que no pué esperá veinticuatro horas?

RAMI. Claro que tiene prisa; como que también ella tiene los muebles en la calle. Solo que su desahucio no ha sido por farta de pago; ni ha sido er Juzgao er que ha hecho er lanzamiento; sino que los vesinos de la casa se ajuntaron y dijeron: «Ea, aquí no vive más esta mujé», y sartándose toas las leyes a la torera, le cogieron los muebles y se los pusieron en la del Rey.

LINO. ¡Camará!

RAMI. Otro ersabrurto.

AQUI. Pero ¿por qué han hecho eso?

RAMI. Hombre, porque es una mujé que no hay quien la aguante. Cuidao que como buena es un arfajó, y como honrá, una Santa Rita de su Casia; pero hijo mío tiene un genio que hasta cuando resa en las Iglesias la echan a patás, porque resa pegando chillíos. Es muy ordinarísima. Bueno, tiene a quien salí, porque su madre, que en gloria esté, se ponía en jarra, pegaba un sorbío y der sorbetón arrancaba los chinos de la calle.

LINO. ¿Esta no es una que tiene una hija muy apañá?

RAMI. Sí, hombre, Soledá Perea; apañadísima. La niña sabia, que le desian cuando chica. Ahí está de mecanógrafa y taquígrafa en la fábrica de don Aurelio Roble. (*Gritos dentro.*) Atiza...!

AQUI. ¡Ya escampa...!

SAMP. (*Secretario del Juzgado, saliendo de la casa seguido de MARIQUILLA.*) ¡Caballeros, quètía!

RAMI. ¿Qué pasa, Sampedro?

SAMP. Que quiere que yo le dé la llave, sin más ni más. Pero si, sí...(*Mariquilla, muchacha como de veinte años, limpia y pobremente vestida, trae en una mano una cesta con útiles de cocina; en la otra, una escoba y un pedazo de alfombra; debajo del brazo, un jersey de lana, a medio hacer, y en la boca, mordido, el ovillo de lana. Deja en el suelo todos los chismes, y comienza a trabajar en el jersey, muy deprisa, automáticamente, atenta a cuanto ocurre a su alrededor, y sin mirar a las agujas ni por casualidad. Es una virtuosa del oficio.*)

RAMI. ¿Queda algo en las habitaciones?

SAMP. Muchísimo polvo.

MARI. Cómo no ha de habé polvo, si hasta nosotros estamos hecho polvo hace muchos años. Además, que como en casa de mi tío estoy yo para tó, pues estando una pá tó no pué una está pá ná. Yo con hasé lo que hago tnego bastante.

LINO. (*Que, como los demás, está asombrado de lo rápidamente que trabaja Mariquilla.*) ¡Chavó, señores...!

AQUI. ¡Camará...!

MARI. Porque yo me hago tós los días dos jerseys de estos de niños, que a seis reales son tres pesetas y gracias a eso se come aquí, pero hasiendo esto no puedo hasé otra cosa y, claro está, ni puedo barré, ni puedo cosé, ni puedo guisá, ni puedo lavá, ni puedo planchá.

RAMI. (*Que está nervioso de verla trabajar.*) ¡Camará!

SAMP. Bueno; ¿y no tienen ustedes dónde meter estos muebles? (*Mariquilla dice que no con la cabeza.*) ¿Algún pariente, algún amigo. .?

MARI. Ni parientes ni amigos, ni nada. Mi tío Bartolo no tiene más familia que su hijo Bartolillo y yo. Es desí, no tiene más familia que yo, porque su hijo Bartolo se fué de casa cuando nos echaron de la calle Gravina. (*Dudando.*) ¿Fué de la calle Gravina o de la Alameda...? No, eso es; se fué hace más de un año, cuando nos echaron de la Plaza del Pumarejo.

RAMI. ¿Pero a ustedes los han echado ya varias veces?

MARI. ¡Anda...! Hay escribanos que ya nos tutean. ¡Menuda risa! En este barrio ha sido la primera vez.

SAMP. Se ve que la risa va por barrios.

MARI. No tienen ustedes idea de lo atropellaos que venimos desde hace mucho tiempo y de las miserias que yo he pasao desde chiquitilla. (*Se limpia una lágrima con el ovillo de lana.*) Yo no he sabido nunca lo que es rei, ni gozá, ni siquiera he jugao de niña con las muñecas.

RAMI. Pues lo que toca ahora bien juega usté con ellas, camará.

SAMP. Y bien bonitas que son esas muñecas.

MARI. Eso mismo me dise mi novio. Dise que mis muñecas le gustan mucho a sus miñas. (*Por los ojos.*) Tiene age, ¿verdá?

RAMI. (*Que de verla trabajar está ya que pega saltos.*) Bueno, ¿pero no va usté a descansá una mijita?

MARI. No, señó; eso no pué sé.

SAMP. Oígame, y su tío, ese don Bartolo...

MARI. ¡Pobresillo! ¡Más bueno es...! Pero tiene er seniso. ¡Qué sombra de hombre! Mi novio dise que tiene sombra húmeda. Dise que se planta un sipré en un pantano y peor sombra tiene mi tío. Ahora, que él acepta las contrariedades con una resirnasión que yo no sé cómo sería la sonrisa de los mártires, pero la suya pone los pelos como lesnas. ¡Es un mártir!

SAMP. ¿En qué se ocupa?

MARI. Es corredó y trabaja en comisiones y representaciones.

RAMI. ¿Qué representa ahora?

MARI. Pues representa unos cincuenta años.

RAMI. Pregunto que qué corre.

MARI. En este momento un sello para el doló de cabeza: el sello Bermúdez, y un cortaplumas estuche que se llama «Los previsores del porvenir» y que tiene, además de navajita, tijera, limpia uñas, limpia oídos, punzón, barrena, sacacorchos, lima, pinza, abrochadó, pesa cartas, abre latas, reló de arena y termómetro.

LINO. ¡Rediéles!

AQUI. ¡Mi abuela!

SAMP. Y antes de esto, ¿qué es lo que ha corrido?

MARI. Pues mire usté, lo que ha corrido es la voz de que no le paga a nadie, y ya no le fían ni aunque jure por sus gloriosos antepasados, los Campolerdos y los Reguzmanes. Porque ahí donde lo ve usté, que el día que come no cena y viceversa, es de muy ilustre familia. Es decir, somos, porque yo también soy Campoler-

do; sólo que él es Campolerdo y Reguzmán, y yo soy Garitacetaya y Campolerdo, porque mi padre, que era vascongado, se apellidaba Garitacetaya, que quiere decir «Campo llano sembrado, con casilla de guarda».

RAMI. (*Nerviosisimo.*) Parece que le han dao cuerda. (*Gran griterio dentro.*)

SAMP. ¡Sopla!

LINO. ¡Aprieta!

AQUI. ¡Qué mujé!

MARI. Pues Modesta, la encargada de la casa no se queda atrás. ¡Buena es ella pá que le vengan con gritos! Y como el marido tome parte en la cuestión, se va a armar la gorda, porque el marido es Ataulfo Rey, ese que es guardia munisipal que tiene unos prontos... ¡Josú!...Disen que una vez de un sablaso paró un tranvía. (*Aumenta el griterío.*) ¡Ay!

RAMI. ¡Chavó...! (*Sale de la casa, como lanzada por una catapulta, PLACIDA, una mujer frescota, ordinarisima, bien vestida, bien calzada, pero de mantón. Tras ella entran en escena ATAULFO, guardia municipal, cincuentón. MODESTA, su mujer, y JUANA, PEPA y REMEDIOS, vecinas de la casa. Todos ellos furiosos, rojos de indignación y de rabia.*)

PLÁC. ¡¡Sinvergüenzas!!

ATA. ¡Señora!

PLÁC. ¡Con una mujé indefensa se meterá usté, so mandria, cobarde!

ATA. ¡Pero señora...!

PLÁC. Sinvergüenza usté y su mujé de usté y tós los vesinos de la casa.

MODES. (*A Ataulfo.*) (Déjamela! (*Ataulfo la sujeta.*)

JUA. ¡Oiga usté, so tia fresca!

PEPA ¡So guarra!

PLÁC. (*Desafiando.*) ¡Qué! ¡Qué! ¡¡Qué...!! Son ustedes una partía de indesentes, que no saben tratá con una persona de educasión como yo, ¡eso es!, y abusan ustedes de que una es una señora, muy señora, muy requeteseñora, que no quiere escándalos, que si no... ¡Mardita sea la hora en que nacieron ustedes tós, canallas, sinverguenzas...!

ATA. (*Desesperado.*) ¡Ay, si no mirara...!

PLÁC. ¿Si no mirara qué, so tio guindilla, gorrón?... Tanto uniforme pá meterse con una señora. ¡Puaf...! (*Le escupe.*)

ATA. (*Quitándose la guerrera.*) El uniforme me lo quito yo y le ví a da a usté una patá que le voy a dejá er «fili» en una cacha.

MODES. (*Sujetándole.*) ¡¡Ataulfo!!

ATA (*Intentando quitarse los pantalones.*)¡Sortarme!

JUA. (*Sujetándole en unión de Remedios.*) ¡Pero hombre!

REME. ¡Criatura!

MODES. (*A Sampedro.*) Ustedes que son der Juzgao, llevársela presa.

PLÁC. (*Revolviéndose.*) ¿Eh...? ¿Pero estos son los chupatintas jambrones que no me quieren dá la llave del cuarto...?

SAMP. ¡Señora, mida las palabras!

PLÁC. ¡No me da la real gana! Y ustedes no me dan a mí esa llave porque son ustedes unos ladrones y dan con una señora; pero esto se va

a acabá, porque ya no hay casiques, ni influensias; ahora el derecho y la justicia ná más, y como yo soy amiga del amo de la casa, con llave o sin llave, mardita sea mi vida, mis muebles duermen esta noche ahí dentro, porque me da a mí la gana, la real gana, la repontentísima gana; ya está dicho.

ATA. Eso lo veremos.

PLÁC. Por visto. (*A Lino y Aquilino.*) A ver, dos hombres necesito yo pá el acarreo; pago bien.

LINO. Andando.

AQUI. A lo que estamos, tuerta.

PLÁC. ¡Tuerta, su madre de usté, so tío leñe...!

AQUI. Señora, ha sido un desí.

PLÁC. ¡Hála, andando! Esta noche duermo yo en esa casa como me llamo Plácida González.

MARI. ¿Se llama usté Plácida?

PLÁC. Plácida me llamo, niña, y chungueo no, porque de un gañafón te hago yo el risao permanente. ¡Mardita sea mi vida, y mi sangre, y mi corazón...! ¡Vámonos...! ¡Sinvergüenzas...! (*Haciendo mutis por la izquierda último término.*) ¡Si no mirara que es una una señora, muy señora.. (*Escupiendo asqueada.*) ¡Puaf...! (*Vase seguida de Lino y Aquilino. Quedan todos de una pieza.*)

SAMP. ¡Señores...!

MARI. ¡La fiera corrupia!

ATA. ¿Pero han visto ustedes, mardita sea un tiro?

MODES. ¡Josú!

ATA. Esa tia no vive aquí, aunque se empeñe er delegao gubernativo.

PEPA. Yo creo que debemos reuní a tós los vesinos y desirles...

MODES. Ahora mismito. (*Siguen hablando.*)

ATA. Bueno, m'ha dejao con una bilis que se me va a orsidá hasta er sable.

MARI. (*Aparte a Ataulfo.*) Oiga usté, señor Ataurfo, a vé si busca usté a mi primo Bartolillo y le cuenta lo que nos ocurre, porque es que no veo camino.

ATA. Como pá buscar a naide estoy yo, mardita sea mi sombra. (*Entra en la casa.*)

MARI. ¡Várgame Dios! (*Acercándose a Modesta, que sigue charlando con las demás vecinas.*) Oiga usté, Modesta, que yo...

MOD. (*Sin hacerle caso.*) ¡Eso! Nos reuniremos en el patio grande, y si vuelve, con el pellejo que le ví a arrancar me ví a hasé unas ligas. (*Entran en la casa Modesta, Juana, Pepa y Remedios.*)

MARI. ¡Ni caso!

SAMP. (*Que hablaba con Ramírez.*) Adiós, niña, buenas tardes.

MARI. ¿Se van ustedes?

RAMI. Claro.

MARI. Y... ahí queda eso, ¿no?

SAMP. ¿Qué quiere usté que hagamos nosotros, fuera parte de lamentarlo?

MARI. Es verdá. En fin, qué le vamos a hasé... (*Se sienta y continúa trabajando como siempre.*) Ya saben ustedes dónde tienen su casa.

RAMI. Adiós. ¡Pobrecilla, la de jerseys que le quedan que hacer en este mundo...!

SAMP. Yo creo que la pobre, hasta cuando come fi-

deos los trenza con el tenedor. (*Se van por la izquierda, primera calle.*)

MARI. ¡Pobre tío Bartolo...! Cuando venga y se encuentre con esta ventilación... Y con el frío que hase... ¡Y con la noche ensima! La verdá es que esto de los desahusios en verano pueden pasá, pero en invierno debía de prohibirlos el Directorio. (*Sigue trabajando.*)

LUCIA. (*Por el último término de la izquierda. Es un muchacho tan simpático como feo y tan inteligente y gracioso como derrotado.*) ¡Josú...! ¡En la calle otra vez...! ¡Chavó con don Bartolo Campolerdo y Regusman...! Bueno, a mi novia le hablan de Buenos Aires y se ríe a gritos. (*Acercándose a ella.*) ¿Qué es esto, Mari quilla?

MARI. ¿Eres tú...? Pues ya lo ves, hijo mío, otra vez en mitad de la vía, que ojalá fuera la vía del tren pá no quitarme.

LUCIA. ¿Y te apuras tú por eso? Vamos, quita, so tonta. Esto es una piedresita en er camino, que se quita con el pie, y ya está.

MARI. Tú, como tó lo ves siempre de color de rosa...

LUCIA. De verte a ti la cara.

MARI. No está el horno para bollos, Luciano.

LUCIA. Pero, mujé, si vengo contento, ¿cómo quieres que me ponga triste aunque te vá desahuciá?

MARI. ¿De verdá vienes contento, o lo dices pá alegrarme como otras veces? ¿Tienes ya colocacón? ¿Te ha salío alguna lección de guitarra?

LUCIA. Mejó que eso; pero que cien veses mejó. ¡Vaya un empleo que tengo a la vista, Mariquilla...! Cuando yo digo que he nasío con suerte...

MARI. Pues hasta ahora...

LUCIA. ¿Vas a desí que no, y me quieres tú?

MARI. ¡Tonto...!

LUCIA. (*Sujetándole las manos.*) Pára la máquina y escúchame, que ahora sí que vamos a salí de pobres.

MARI. (*Interesadísima.*) ¡Ay! ¿Qué es, tú?

LUCIA. Pues que me he encontrao con Rompetechos, uno que es amigo de Pepe Lesna, el cuñao de Juanito Rendón, que está de secretario de ese don Cosme Cotera, que representa aquí en Sevilla al «London Light», una sociedá que tiene saltos de agua en Córdoba, y como ahí hace falta gente, me ha dicho Rompetechos que le va a hablá a Pepe, pá que Pepe le hable a su cuñao Juan, y Juan a don Cosme, y don Cosme a los ingleses, pá que una de las plazas que haiga sea pá mí. Y ya me estoy viendo colocao, porque con lo que Pepe quiere a Rompetechos, y lo que Juan quiere a Pepe, y lo que don Cosme quiere a Juan, y lo que los ingleses quieren a don Cosme, meto yo en el «London» la cabesa y en seguia coloco a mis dos hermanos de botones, a mi madre pá limpiá el escritorio, a tu tío pá ir por las cartas, y a la vuelta de tres años reunimos entre tós ocho o diez duros tós los días, y a viví.

MARI. ¡Qué fantasioso eres, Luciano! Te hases unas ilusiones, que si ya no hubiera la fábula de la lechera, habría el cuento de Luciano, porque es mucho cuento el tuyo.

LUCIA. Pero mujé...

MARI. Vives en las nubes, y hay que viví en este cochino mundo y ponerse en la realidad de las cosas. Rasón tiene mi tío cuando dice que tú, a fuersa de verlo todo conseguido, no vas nunca a conseguir ná.

LUCIA. Tu tío la tiene tomá conmigo porque él es de buena familia y yo no soy más que Martinez, un tocaó de guitarra; pero que no vuelva a desirme a mi ná, porque con los muebles en la calle y el anafe apagao no se puén tené humos. Además, que yo te he dicho lo que te he dicho por animarte, por darte esperanzas... por darme esperanzas a mí también, porque si me quitas el ortimismo, que es lo único que me consuela, ¿aónde voy yo? (*Conmovido.*) Cuando me pongo a reflexioná y me veo como soy, feo, escuálido, desgarbao, irnorante, sin fuerzas para hasé lo que hasen otros. (*Se seca una lágrima.*)

MARI. (*Amorosa, acariciándole.*) ¡Luciano!

LUCIA. Pero ¿de qué te has enamorao tú, Mariquilla?

MARI. Vamos, no digas pamplinas... ¿Qué importa la feardá...? Más feo es Weyler, y es capitán general. Me he enamorao de ti porque sí, y te quiero, porque te quiero, ya está dicho.

LUCIA. ¡¡Mariquilla...!!

MARI. No te entusiasme, deja las manos quietas y ocúpate de buscá por ahí a mi primo Bartolo y contarle lo que nos sucede. He oído desí que ahora está colocao y que anda muy bien vestío y puede que él nos saque de este apuro tan grande.

LUCIA. ¡Que va a sacá ese sinvergüenza...!

MARI. La manía que tú le tienes.

LUCIA. Escucha, ¿y dónde podría yo encontrarlo?

MARI. Ven acá, Ataurfo nos lo va a desí. (*Se levanta e inicia el mutis por la derecha.*) ¿No se llevarán nada de esto?

LUCIA. ¿Llevá...? Tú crees que la gente hase favores, ahí porque sí... (*Entran los dos en la casa.*)

(*Tras una breve pausa entran en escena por el último término de la derecha DON AURELIO y DON LUIS. El primero es un cincuentón que quiere aparentar treinta años; el segundo es un sinvergüenza que las quiere dar de señor y a cada paso hace ver que es un tio ordinario, achulado cobero y de la más baja capa social. Ambos visten muy bien.*)

D. LUIS. Vamos, «cratura», riete de eso. Esa paloma se cuese en tu olla.

D. AURE. ¿Crees tú, Luisillo?

D. LUIS. Pues flojo milanito estás tú, gachó. Ahora, que tiempo y constancia quieren las cosas.

D. AURE. Es que me han dicho que ella anda majareta por un pollo.

D. LUIS – Y ante un milano como tú, ¿qué es un pollo pá una paloma?

D. AURE. Por sí o por no, quiero yo que tú averigües quién es ese pollo, en qué estado se hallan esas relasiones y si el interfecto es o no punto de cuidado.

D. LUIS Se averiguará.

D. AURE. ¡Me tiene más loco...! Bueno, yo creo que el haberme captao las simpatías de la madre es un paso, ¿no?

D. LUIS. Un paso de estratega, que es lo que tú has sido siempre en esto de las conquistas. Porque hay que vé la madresita que se gasta la niña, ¡Señores, qué madre! Parese mentira que de una leona crusá de mula, haiga nasido una gacela tan bonita, tan educada y tan lista, por que mira que es lista.

D. AUR. ¿Me lo vas a decir a mí? Cuidao que yo he tenido mecanógrafas que sabían su obligación; pero como esta, Luis, ninguna. ¡Qué dedos!

D. LUIS. La criatura es una uva en aguardiente.

D. AUR. En fin, a ver si me da buen resultado el traerla a vivir a esta casa de mi propiedad. Claro que para ello he tenido que poner en la calle al pobre Bartolo Campolerdo, y lo siento de corazón, porque la historia de Campolerdo va muy unida a la mía... Ya tú me entiendes.

D. LUIS. Alguna chapusa, ¿no?

D. AUR. (*Pavoneándose.*) Figúrate. Mis cosas.

D. LUIS. Eres único, Aurelio. ¿Su mujer quizás...?

D. AUR. No, su mujer era una santa. Una hermana de él, Mariana. ¡Qué mujer, Luisillo...! Jalea de manzanas. Estaba casada con un tal Garitacetaya, un tío viejo, ruín, vicioso, miserable... Ya han muerto los dos y no sé si también... (*Suspira.*)

D. LUIS. ¿Eh? ¿Pero acaso...?

D. AUR. Sí; de aquellos amores nació una niña.

D. LUIS ¿Una niña?

D. AUR. Una niña. ¡Hija de mi alma, qué será de tí...! Porque aunque yo no haya podido darle mi nombre, es hija mía... (*Vuelve a suspirar.*) Esa

niña es mi único remordimiento, Luis; la única sombra que entenebrece mi vida.

D. LUIS. ¡Qué grande eres, cuando hablas en serio...! Y escucha, ¿no sabes dónde está...? ¿Ni has intentado...? Tal vez el propio Campolerdo podría decirte...

D. AUR. ¡Calla...! No lo intentes siquiera. Podría llegar a sospechar y...

D. LUIS. ¿Le temes?

D. AUR. Hombre, ya tú sabes que yo a los pillos los toreo bien; pero a los tontos, y sobre todo a los tontos que son además buenas personas, les tengo terror, pánico.

D. LUIS. ¿Y ese Campolerdo...?

D. AUR. Es un idiota virtuoso, que rinde tal culto al honor familiar, que si supiera ahora que su hermana y yo... Mira, mira, vamos a dejarlo. Me preocupa ese hombre. Es un infeliz, un desgraciado, un pelele; pero me preocupa. Hay quien no retrocede ante un león, y sin embargo un gato le inspira respeto.

D. LUIS. (*Mirando hacia la derecha último término.*) ¿Eh...? ¿Aquella que está allí parada hablando con otra...?

D. AUR. Sí, es Soledá.

D. LUIS. ¡Qué vista tienes...!

D. AUR. Vámonos de aquí para que no vea que la estoy aguardando...

D. LUIS Estás en todo, estratega. (*Haciendo mutis por la izquierda con Aurelio y quitándole unas pelusas de la solapa del abrigo.*) Bueno, si yo tuviera tu talento y tu atrarsión personal, me coronaba sultán de Sevilla.

LUCIA. (*Saliendo de la casa con Mariquilla y Ataulfo.*) ¿Entonse va ústé a ir en busca de Bartolillo?

ATA. Sí, porque a tí no te dejarían entrá.

MARI. Por Dios, Ataurfo, píntele usté bíen lo que nos ocurre.

ATA. Pintao y barnisao. Ya me conoses.

MARI. Dígale usté que se lleve a su padre a dormi adonde él duerma ahora; que él en alguna parte dormirá. Que por mí, que no se preocupe; ya me las arreglaré como pueda.

ATA. Los dramas de la vida, que estos si que son dramas, no los del teatro, que a lo mejón los escribe un tío bien comío, bien bebío y fumándose un puro. En fin, voy a ver si lo encuentro.

MARI. Si señó, corra usté.

ATA. (*A Luciano.*) ¡Ah! Y que er trato es trato, ¿eh? Si viene la corrupia con los muebles y quiere entrá...

LUCIA. Yo ocuparé su sitio de usté en la trinchera, y der primer cantaso le pongo la naríz en el roete.

ATA. Ea, pues hasta luego; salú. (*Mutis por la izquierda.*)

MARI. Quiera Dios que lo encuentre, porque si no, ¿qué vamos a hacer esta noche, Luciano de mi alma?

LUCIA. Ya te he dicho que mi casa es la tuya.

MARI. Si, pero es que tu casa es una sola habitación donde duermen seis personas, que parecerá aquello una lata de sardinas.

LUCIA. Donde duermen seis pueden dormir ocho. Con irme yo a la calle pá que er mundo no murmure...

MARI. ¿Pero cómo voy yo a dormir con tus hermanos, y cómo van tus hermanas y tu madre a dormí con mi tío?

LUCIA. Eso es verdá. (*Siguen hablando.*)

SOLE. (*Guapísima muchacha, de mantón, muy requetebién vestida, peinada y calzada; entra por la derecha último término.*) (Sí, aquí es; las señas son mortales. (*Por los muebles.*) ¡Pobre gente! (*Acercandose a Mariquilla y Luciano, que charlan a la puerta de la casa.*) Buenas tardes.

MARI. Muy buenas.

SOLE. Estos son los muebles de ese inquilino que han deshauciao, ¿no?

MARI. Si señora.

SOLE. ¿Podría usté decirme si la nueva vesina ha traído ya los suyos?

MARI. Quién, ¿esa tía muy mal hablá y con un genio de los demonios que ha estao aquí y se ha peleao con tós los vecinos?

SOLE. ¿Ya se ha peleado aquí también? ¡Válgame Dios, qué madre tengo!

MARI. (*Algo cortada.*) ¡Ah! ¿Pero...? ¡Ay, usté me dispense...!

SOLE. No, si ya estoy acostumbrada. ¡Tiene un carácter...! Y cuidao que en el fondo es una malva, y que por las buenas se hase con ella lo que se quiere; pero tiene unos prontos... ¿Está ahí? Me dijo que al salir de la oficina viniese aquí, porque aquí dormiríamos esta noche.

MARI. Pues no sé qué decirle... Ella ha ido por los muebles para meterlos en la casa por las bue-

nas o por las malas; bueno, por las malas tendrá que ser, porque los vesinos están ahí hasiendo una barricada para que no los meta.

SOLE. Lo de siempre. ¡Estoy más harta...! En fin, muchas gracias. Quedarse con Dios.

MARI. Vaya usté con Dios.

LUCIA. Usté lo pase bien.

SOLE. (*Que se dispone a hacer mutis por la izquierda, se detiene al ver entrar en escena a don Aurelio.*) (¿Este hombre aquí?) (*Luciano y Mariquilla prestan disimuladamente una gran atención a esta escena.*)

D. AUR. Una palabra, Soledad.

SOLE. Diga usté lo que guste.

D. AUR. ¿Vas a oirme por fin?

SOLE. Aquí, sí, señor. En la ofisina es usté el amo y yo la mecanógrafa, y entre nosotros no debe haber más conversasión que la del trabajo. Aquí es otra cosa; la calle es del Rey, usté un hombre como todos y yo una mujer como casi todas; usté dirá.

D. AUR. ¿Y qué voy yo a decirte que tú no sepas? ¿Tú sabes lo que tendrías si me hicieras caso...? No lo sabes.

SOLE. Ya lo creo que lo sé. Tendría un pisito en el Potro o en la Alameda, con baño y calefacción... Tendría una pianola con el «Hay que ver...» ¡Hay que ver...! Tendría una señora de compañía... Tendría un coche a la orden y un adereso de brillantes... Tendría todo eso y mucho más; pero tendría que recibir las visitas de usté y no tendría vergüenza, que es lo que hay que tener.

MARI. (*Entusiasmada.*) ¡Ole!

LUCIA. ¡Calla...!

D. AUR. Te aseguro, Soledá, que no te entiendo.

SOLE. Peor pá usté.

D. AUR. Mira, Soledá, no me pongas en el disparadero, porque...

SOLE. Pero vamos a ver, ¿no sabe usté que yo tengo un novio como Dios manda? ¿No sabe usté que yo quiero a ese hombre, y que ese hombre sabe ya que hay alguien que me asedia y podría matarle a usté...? ¿No le he dicho mil veses que yo quiero ser siempre una mujer de bien? Pues ¿a qué ese empeño en perseguirme? Habiendo tantas mujeres que no tienen ná que perder, ¿a qué perder a la que tiene algo que guardá? No se canse usté, don Aurelio, porque aunque se hunda el mundo...

D. AUR. ¿Pero...?

SOLE. ¡Aunque se hunda el mundo!

D. AUR. (*Intentando cogerle una mano.*) ¡Soledad...!

SOLE. (*Enérgicamente.*) ¡Don Aurelio...! ¡Haga usté el favor!

D. AUR. (*Un poco cortado.*) Es que...

SOLE. ¡Haga usté el favor...!

D. AUR. Está bien, mujer... (*Soledad sin contestarle, altiva, como una reina, hace mutis por el último término de la izquierda.*) ¡Que a mí me pase esto! ¡A mí...!

D. LUIS (*Entrando a una señal de Aurelio.*) Qué, ¿piscis?

D. AUR. Piscis, con algo de capricornio, que es peor.

D. LUIS No se ganó Zamora en una hora.

D. AUR. Ni en un segundo se afeitó Facundo... Refranes no faltan. Pero esa mujer... ¡Maldita sea mi corazón...!

D. LUIS. (*Haciendo mutis con Aurelio por la derecha, último término.*) No te preocupes, hombre. Esa te lleva a tí en un relicario antes de quinse días.

D. AUR. No la conoses tú bien, Luis.

D. LUIS. A ella no, pero te conozco a ti y basta. Eres único. (*Se van.*)

MARI. (*Viéndoles ir.*) ¡Sinvergüenzas...! ¡Bribones...! (*A Luciano.*) ¿Pero tú has oído? Lo que me ha gustado a mí esa mujer, Luciano.

LUCIA. Y a mí también.

MARI. (*Escamada.*) Oye, tú...

LUCIA. Ya tú me entiendes.

MARI. Afortunadamente hay más mujeres de bien que las que la gente supone. En cambio, hay cada tío...

LUCIA. (*Mirando hacia la izquierda, último término.*) ¡El tuyo, tú!

MARI. ¿Cómo?

LUCIA. Que ahí viene tu tío.

MARI. Válgame Dios. Nos va a desí algo.

LUCIA. ¿Por qué?

MARI. Porque no le gusta que estemos los dos solos en casa.

LUCIA. ¿Pero es que la calle es su casa?

MARI. ¿Pero es que tiene otra casa que la calle? Con quién viene?

LUCIA. Con Garro, uno que es agente de esa compañía de seguros de vida que se llama «El luto risueño».

MARI. ¡Qué contento viene el pobre!

(Por el último término de la izquierda entran en escena BARTOLO y GARRO. Bartolo, que ha cumplido los cincuenta años, es un hombre de aspecto bondadoso y con cierto empaque de señor. Viste mal. Garro es un hombre de mediana edad y aspecto vulgarísimo.)

BART. Crea usté, querido Garro, que aguardaba esta compensación de la suerte. Esto que voy a firmar es mi redención; porque para mí un duro diario es más que la felicidad.

MARI. ¿Un duro diario...? *(Deja de trabajar en el jersey y suelta los trastos.)*

BART. Qué razón tengo cuando digo que gracias a Dios, Dios es bueno. ¡Y tan bueno...! En fin, venga usté y le firmaré ese compromiso...

GARRO ¿A qué pasar, amigo don Bartolo? *(Ofreciéndole su pluma estilográfica.)* En cualquier parte...

BART. Tiene usted razón. Aquí mismo. Providencialmente hay aquí una mesa... *(Fijándose.)* ¡Jarope...! Es la mía...

GARRO ¿Cómo?

BART. Que es la mía. Que son mis muebles.

GARRO ¿Pero...?

BART. Por lo visto, durante mi ausencia... *(Advirtiendo la presencia de Mariquilla y Luciano.)* Qué, Mariquilla... ¿Apoteosis?

MARI. Apoteosis.

BART. ¡Válgame la Magdalena! Pero no te apures; gracias a Dios, Dios es bueno, y desde hoy se acabaron las penas. Este amigo del alma me

ha proporcionado una colocación que me permitirá vivir tranquilamente. Figúrate, un duro diario y empezando desde hoy mismo. Vas a poder descansar. ¡Dame un abrazo...! (*Se abrazan.*) Me conmueve esta felicidad. (*Se limpia una lágrima. A Garro.*) ¿Dónde firmo, amigo Garro? ¿Aquí? ¿Después de A. Garro...?

GARRO (*Preocupado, recogiendo su pluma.*) Espere un poco, porque vamos, es que... la verdá, yo no sé cómo decirle... Bueno; estos son sus muebles de usté, ¿no?

BART. Sí; llevaba varios meses sin pagar el cuarto... desde que lo alquilé... El casero, un amigo de otros tiempos, lo necesitaba y...

GARRO Entonces usté no tiene casa.

BART. Claro que ahora no; pero la tendré. Dios me abrirá puertas. ¿Le falta al pajarillo una rama donde guarecerse? Gracias a Dios, Dios es bueno.

GARRO (*Algo apurado.*) Sí, si; pero, vamos, no teniendo casa...

MARI. (*Volviendo a coger su jersey.*) ¡Ay, ay, ay...!

GARRO Yo no puedo exponerme a que me desautorice la sociedad cuando se enteren de que le he dado su representación a un desahuciado.

MARI. (*Trabajando con más ahinco que nunca.*) Mi gozo en un pozo.

BART. Eso de ninguna manera, amigo Garro. Disgustos para usted, nunca. ¡Pues no faltaría más! Le sobra a usted razón. No teniendo yo casa, ¿cómo voy a montar una sucursal de la sociedad?

GARRO Crea usté que me causa una verdadera amargura...

BART. Nada de amarguras. A mí me basta y me sobra con su buena voluntad.

GARRO (*Echándose mano al bolsillo.*) Eso no quita para que yo...

BART. (*Dignísimo.*) ¡Garro...! ¿Qué va usté a hacer? Limosnas, no; nunca.

GARRO Perdóneme usté, don Bartolo.

BART. Un abrazo, sí. Un abrazo con toda el alma. (*Se abrazan.*) Dios le pague su buena intención, y andando el tiempo...

GARRO Eso desde luego. En cuanto tenga usté domicilio... Adiós, don Bartolo, y que mejore su situación.

BART. ¡Quién lo duda! Gracias a Dios, Dios es bueno.

GARRO Buenas tardes. (*Se va por la derecha.*)

BART. ¡Qué buen amigo es...! ¡Qué corazón de oro...! Cómo echó mano al bolsillo... Pero, no; limosnas, jamás. Dame un poco de agua.

MARI. Sí, señó. Tome usté. (*Llena de agua uno de los floreros y se lo da.*)

BART. Dios te lo pague. (*Bebe.*) En fin, me sentaré, porque vengo destrozado. ¿Dónde está mi butaca?

LUCIA. Espere usté. (*Le arregla la butaca, y le pone a los piés el trozo de alfombra.*) Ya está.

BART. Gracias, muchacho. (*Se sienta y la butaca cojea muchísimo.*) ¿Eh? Sí. A esta pata hay que calzarla. A ver un libro para esta pata.

LUCIA. (*Revolviendo en un canasto, donde hay varios libros viejos.*) ¿Servirá este? (*Leyendo.*) Un mes en la Patagonia. Tome usté. (*Se lo da.*)

BART. Este no acuña bien. Dame uno más grande.

LUCIA. (*Por otro libro.*) A ver este... (*Leyendo.*) Rosario...

BART. Sí, ese de Rosario acuña... (*Lo coloca bajo la pata.*) ¡Ajajá!... (*Se repantinga.*) ¡Cómo agradece el cuerpo una repantingadita...!

MARI. ¡Ay!

LUCIA. ¡Ay!

BART. (*Al ver a Mariquilla y a Luciano muy entristecidos.*) ¿Pero qué es eso? ¿Qué caras son esas? (*Riendo.*) ¡Já, já, já...!

MARI. ¡Pero tío!

LUCIA. ¡Don Bartolo!

BART. ¿Pero de veras no os hace gracia mi mala suerte? (*Nervioso, riendo y llorando a la vez.*) ¡Si es para morirse de risa...! Sin casa, sin hijo...

MARI. Es que él no sabe... Cuando lo sepa, ya verá usté cómo acude... Ya ha ido Ataulfo a buscarlo. (*Acercándose a él muy cariñosa.*) No se apure usté, tío.

BART. ¿Yo? ¿Apurarme yo? Yo estoy por encima de las miserias de la vida, sobrina. Me verás caído, humillado, vencido, pero digno siempre. Por algo soy Bartolomé Campolerdo y Reguzmán, señor de Ruiloa y conde de Picofrio, aunque no haya sacado los títulos... Por algo desciendo de quien desciendo.

LUCIA. Poca substancia le da eso al puchero don Bartolo.

BART. Es lógico que tú pienses así; por algo eres quien eres; pero yo soy, quien soy y no consiento que se menosprecie lo que, puede que

sea mi chifladura, pero que desde luego es mi dignidad.

MARI. Dignidad sin dinero, tío Bartolo...

BART. ¿Pero tú crees que existe el dinero? No, mujer, el dinero no existe.

MARI. Eso se lo cuenta usté a los del Banco.

BART. Te digo que no existe. Y si no, escucha. Figúrate que heredas un millón de pesetas. Ya lo has heredado. Ya tienes dinero. Bueno, pues harta de no tenerlo decides guardarlo y vas y lo metes en el Banco y no sacas ni un céntimo. ¿Tienes dinero?

MARI. Claro que sí.

BART. No, mujer, no. El dinero sirve para compracosas, para procurarte una vida agradable; pero como tú no te lo gastas, es como si no lo tuvieras.

LUCIA. En eso tienes razón.

MARI. Es que yo me gastaría un poco en pasarlo bien y el resto lo guardaría.

BART. Perfectamente; pues lo que te gastes en pasarlo bien, como te lo gastas, ya no lo tienes, y lo que guardas, como no te lo gastas, pues como si no lo tuvieras. ¿Ves como no existe el dinero?

LUCIA. Que no existe, Mariquilla convéncete. Bueno, yo estoy convencido de que no existe, desde que nací. Pero ese es un razonamiento...

BART. No creas que es mío. Esfe razonamiento era de Angela, de mi Angela, de aquella santa mujer que compartió su vida conmigo y a la que sigo rindiendo el más fervoroso de los cultos...

¿Qué buena era...! ¡Angela era un angel! (*Saca de una vieja cartera un viejo retrato y lo contempla conmovido.*) ¡Te seré siempre fiel como tú me lo fuistes a mí...!En vano me tentarían todas las mujeres del mundo... Claro que no me tentarán...Pero en vano me tentarían.¡No volveré a casarme, te lo juro! (*Besa el retrato y lo guarda.*)

MARI. (*Mirando hacia la izquierda.*)Ahí viene la fiera otra vez.

BART. ¿Quién?

MARI. La que va a ocupar nuestras habitaciones. Aunque el Juzgao se ha llevao las llaves, se ha empeñao en dormir aquí esta noche, y ha armao una tremolina... Con desirle a usté que los vesinos tienen hecha una trinchera pá no dejarla entrá... Ya se está peleando con los mozos, porque se han parao.

BART. (*Levantándose y mirando hacia la izquierda.*) Pero si es Plácida, la viuda de Perea... ¡Mi amiga Plácida!

MARI. ¿Es amiga de usté...?

BART. Y hacía mucho tiempo que no tenía el gusto de verla. ¡De qué modo tan gracioso conocí yo a esta mujer! Fuí a su casa a encargar a su chica unos trabajos de mecanografía, me confundió con uno que le debía unas pesetas y me dió dos bofetadas tan fuertes, que estuve cerca de una hora viendo estrellitas. Luego se deshizo en excusas y cuando supo quién era yo, no sabía dónde ponerme, porque ahí donde la ves, con ese geniazo tan grande, es un

angelote. ¡Guarda una sumisión a todo lo noble y un respeto a todo lo heráldico...! Es hija de un González, que fué durante cuarenta años servidor de los Casa-Galindo.

PLÁC. (*Dentro.*) ¡Son ustedes unos tíos...! ¡Eso es...! ¡Unos tíos!

MARI. Sí que viene suave.

PLÁC. (*Entrando por la izquierda, seguida de SOLEDAD y de LINO y AQUILINO, que traen ún trinchero en unas parihuelas.*) ¡Valientes tíos ladrones!

SOLE. (*Calmándola.*) Mamá, por Dios...

PLÁC. En cuanto ven mujeres solas, a abusar se ha dicho. ¡Sinvergüenzas! Yo les dije a ustedes que lo primero que había que traer eran los colchones, no eso. ¿Pa qué... joroba quiero yo ahora el trinchero...? ¡Bestias!

LINO ¡Señora...!

PLAC. ¡Bestias, bestias, bestias...! (*Desafiándoles.*) ¿Qué hay?

SOLE. Pero mamá...

PLÁC. ¡Déjame!

LINO Bueno, mire usté, que nos paguen este viaje, y el resto de los muebles que los traiga er «sursun corda».

PLÁC. ¿Eh...?

LINO (*A Aquilino.*) Hála, tú... (*Ponen el trinchero de pie en el suelo y suenan varias botellas dentro.*)

PLÁC. (*Al oir el ruido de las botellas, en un grito.*) ¡Ay...! ¡Mis botellas!

SOLE. ¡Atiza...!

PLÁC. ¿Pero vienen dentro las botellas...? ¿Pero han cargao ustedes con el mueble sin vaciarlo?

MARI. (¡Azúcar!)

PLÁC. ¡Mulos! ¡Borricos...! ¡¡Bestias...!!

SOLE. ¡Mamá!

LINO ¡Oiga usté...!

AQUI. ¡Ya me cansé yo...!

PLÁC. (*Acometiéndoles.*) ¿Sí? ¡¡Maldita sea...!!

SOLE. (*Terciando e interponiéndose.*) ¡Pero, mamá...!

LINO. (*Asustado.*) ¡Señora...!

AQUI. (*Idem.*) ¡Chavó...! ¡Arrea, tú, y que cobre otro.

LINO. Si no mirara... (*Mutis con las parihuelas por la derecha.*)

PLÁC. (*Abriendo el trinchero y poniendo sobre el aparador unas botellas.*) Porque dan con mujeres indefensas, que si no...

LUCIA. Tanto chillá, pá dos botellas de Valdepeñas.

PLÁC. ¡Mal haya sea mi suerte negra, renegra...!

BART. (*Levantándose de su butaca.*) Vamos, Plácida, no hay que ponerse así.

PLÁC. (*Revolviéndose, dispuesta a estrangular a quien le ha hablado.*) ¿Eh...? ¿Quién me ha dicho eso...? (*Al ver a Bartolo cambia radicalmente de tono y de gesto.*) ¡Señor conde... a los piés de usté...!

BART. (*Alargándole la mano.*) Amiga Plácida... (*A Mariquilla, muy complacido.*) ¿Estás viendo? Un angelote.

PLÁC. Usté siempre con tanta educasión y tanta mansedumbre... Bueno. ¿Pero cómo está usté aquí...? (*Haciéndose cargo de lo que ocurre.*) ¿Eh? ¿Pero es usté el desahuciao...? ¿Es desí, que yo tengo la curpa? (*Furiosa.*) ¡Dónde está er casero, mardita sea su eorazón...!

BART. Vamos, cálmese, Plácida. Ni usted tiene la culpa de nada ni el pobre casero tampoco. Lo mío es obra de la fatalidad; pero gracias a Dios, Dios es bueno y mis cosas se arreglarán algún día a gusto de todos. (*Por Soledad.*) No he saludado a su hija. ¿Qué tal, muchacha?

SOLE. Bien, ¿y usté?

BART. Perfectamente, muchas gracias. Pero siéntense aquí, en el despacho...

PLÁC. (*Sentándose.*) Un momento ná más por no desairarlo; pero la noche se está echando ensima, y tenemos que resorvé yo y ésta lo que vamos a hasé. También nosotras tenemos los muebles en la calle, y no sabemos aonde vamos a dormir esta noche.

MARI. (*Que, como todos los demás, se ha sentado, dónde y cómo ha podido.*) Lo que toca en la casa no va a podé sé, porque además de no tené la llave...

PLÁC. De una patá se abren las puertas.

MARI. Sí, señora, no digo que no; pero es que los vesinos, enfadaos por lo de antes, han hecho una trinchera en er pasillo pá que no pueda usté meté los corchones.

PLÁC. ¡Trincheritas a mí...! ¡Jajay...! Como a mí se me ponga entre seja y seja, duermo en la casa y con er pelo de tós los vesinos me hago la armohá.

SOLE. ¡Por Dios, mamá!

PLÁC. Ahora, cuando venga tu novio, resorveremos. Por una frutesa no quiero yo que diga nadie que soy una ordinaria.

MARI. ¡Quién va a desí eso...!

LUCIA. ¿Quiere usté callá...?

BART. De modo que tiene novio la muchacha.

PLÁC. ¡Y qué novio, señor conde...! De sangre asú.

BART. ¿Eh?

PLÁC. Asú, de lo más asú. Asú marino, porque su agüelo era recontraarmirante.

BART. ¡Hola!

PLÁC. Es hijo de un marqués. Aristogracia del norte; de ahí de Extremadura la llana. ¡Y qué muchacho! ¡Más infelí y más güeno... Y de rumboso no hay que hablá. Esta le dá tó lo que ella va ahorrando, y el infelí, porque es un infelí, por cá peseta que ella le da, le apunta veinticinco en la cuenta corriente. ¡Como la espuma estamos subiendo!

BART. ¿Tan rico es?

PLÁC. ¡Uf...! Claro que él no maneja todavía lo suyo, porque le viven sus padres; pero está llamado a ser riquísimo, porque, además de lo de sus padres, tiene dos tíos solteros, a los que va a heredar.

BART. ¡Caramba!

PLÁC. Sí, señor, uno que vive en Córdoba y otro en Cabra. Los dos inmensamente ricos. Dos Cresos. El dice, que es mucho más Creso el de Cabra.

MARI. ¡Qué suerte!

BART. Pues que sea enhorabuena, muchacha.

SOLE. Aunque nada tuviera lo querría lo mismo. No es el dinero lo que a mí me ciega.

BART. Ni debe cegarte jamás. Dinero puede tenerlo

cualquiera. Lo que tiene verdadera importancia es el entronque. Vas a tener la suerte de entrar en una familia noble, y eso debe enorgullecerte más que nada.

PLÁC. Lo mismito que le digo yo.

BART. Para mí no hay nada en el mundo tan importante como los blasones.

MARI. A ellos debe usté su ruina, tío.

BART. Es cierto. Pero esta ruina es mi orgullo. Digno he vivido y digno moriré. (*Conmovido.*) Mucho me ayudó a sostener esta dignidad la mujer santa que fué mi compañera y que rendía al honor un culto que hubiera asombrado a los Amadises. (*Saca un retrato, lo besa, y lo vuelve a guardar.*)

PLÁC. (¡Qué tío!)

SOLE. Su nobleza de usté es muy antigua, ¿no?

BART. Muy antigua. Del siglo trece.

PLÁC. Argún rey, que se empeñó tal vez en argüna cosa...

BART. Sí. Data de la primera vez que don Alfonso el Sabio tomó Jerez.

PLÁC. Se ajumó quizás.

BART. Digo cuando tomó la plaza de Jerez de la Frontera.

PLÁC. ¡Ah, vamos...!

BART. Le contaré la historia de mis blasones.

MARI. (¡Afloja!)

LUCIA. (¡Aprieta!)

BART. Vérá usté. Mi glorioso antepasado Bartolomé Mendinga, allá cuando el sitio de Jerez por don Alfonso X el Sabio, era un pastor de cerdos, que tañía la flauta como un virtuoso.

PLÁC. Tañí, ¿qué es?

BART. Tocar.

LUCIA. Claro; eso lo sabe tó el mundo, señora; el que toca, tañe.

PLÁC. Tú te callas, desarrapao, que a ti te he tañao yo, y te voy a tañí.

SOLE. Vamos, vamos... Siga usté don Bartolo.

BART. Pues que Abaúl-Bajamé...

PLÁC. ¡Mi madre!

BART. Jefe de las tropas de Abul-Menejí...

PLÁC. ¡Mi tía...!

BART. Walí de la ciudad y hermano del emir Aben-Ben-Hacá...

PLÁC. ¡Mi abuela...!

BART. Gustaba de que Mandinga le tocase, después de cenar y mientras él reposaba sobre sus cogines, una canción oriental llamada «La vuelta de los almohades».

PLÁC. ¡Josú!, los almohades. ¡Qué raro!

BART. Pero Mandinga era cristiano y amigo de Fernán-Górriz, un capitán de las huestes del Adelantado Fortún-Pérez, que dirigía el asedio de la plaza, porque aunque estaba allí el Rey Sabio, las tropas tenían más fé en el Adelantado.

PLÁC. ¡Qué brutos!

BART. Una noche, de acuerdo Gorriz con Mandinga, éste, tocando la flauta, distrajo a Abaul y a los suyos, mientras entraban en la plaza sigilosamente Fortún y sus soldados, y gracias al valeroso y astuto pastor mientras los sarracenos tomaban el té indolentemente, el rey Alfonso el Sabio, tomaba Jerez.

PLÁC. ¡Menuda suerte!

SOLE. Colmarían a Mandinga de halagos, ¿no?

BART. Según el bachiller Celedonio de Mesa, el Rey le abrazó, le hizo Conde de Picofrío y le concedió un escudo tronchado...

PLÁC. ¡Qué lástima!

BART. ...Con derecho a grabar en él una flauta con tres agujeros y esta inscripción:

«Bartolo tiene una flauta...
Bartolo su flauta tañe...
Mientras recuerde su flauta,
Será Bartolo muy grande...

Por eso yo, la recuerdo constantemente, y cuando alguien me propone algo indigno, levanto mi frente y, más que decir, escupo a quien me ofende, diciéndole... ¡¡Bartolo tiene una flauta!!

PLÁC. ¡Qué hombre...! ¡Es un verdadero señor! Entonces, eso que se canta por ahí de «Bartolo tiene una flauta», data de cuando Mandinga, ¿no?

LUCIA. (¡Zambomba!)

BART. (*Dolido.*) Recuerde, señora, que la flauta de mi antepasado tenía tres agujeros.

PLÁC. A mí, ya usté lo sabe, desde aquel día que le pegué aquellos guantasos sin queré, todo lo aristógrata me entusiasma. Porque es que yo creo que los hijos de los nobles tienen que sé nobles a la fuersa.

BART. (*Con tristeza.*) Según, Plácida, según. A veces, nuestros hijos no parecen hijos nuestros. Yo tengo uno, y no es que mi hijo haya faltado a las leyes de los caballeros... ¡no lo

quiera el Señor...! Pero, vamos, no se acuerda como yo de la flauta de Mandinga... Es poco exquisito, poco amable, poco amparador... Dicen que juega, que bebe... Poco sé de él. Cuando me vió derrotado, vencido, pretextando que no quería ser una carga para mí, se alejó de mi lado.

PLÁC. ¡Sinvergüenza...! ¡Canalla...! Con un padre tan señor y tan santo... ¡maldita sea su padre...! ¡Ay, usté perdone...! Pero, vamos, es que yo con las ingratitudes de los hijos no puedo. ¡Parece mentira que siendo hijo de usté...! (*En un arranque.*)A lo mejó, no es hijo de usté.

BART. (*Levantándose.*) ¡¡Plácida!!

SOLE. ¡¡Mamá!!

LUCIA. (¡Qué bruta!)

BART. (*Sacando el retrato y besándolo nuevamente.*) Perdónala, Señor, que no sabe lo que dice.

PLÁC. Tiene usté rasón. Soy muy burrísima. A veses se me anubla er sentío y meto la pata hasta los jamones.

SOLE. Bueno, mamá, que tenemos que ocuparnos de lo que vamos a hasé por fin.

PLÁC. Hija mía, hay que esperá a tu novio, porque no tenemos un ochavo. Como he pagao el anticipo del cuarto y esas dos cuentas... Ya podías tú habé cobrao en la ofisina.

SOLE. Por salí más pronto y no esperá... Pero eso no le hase; le pediremos a él. Pá eso es mi administradó.

PLÁC. Escucha: ¿por qué no nos llegamos ahí junto

a casa de Pepita la guapa, que tiene casa de güespedes? Tal vez le sobre arguna habitasión y esa nos llevaría muy barato.

SOLE. Tiene usté rasón. Vamos a llegarnos en un sarto. (*Se ponen de pie.*)

PLÁC. (*Mirando hacia la izquierda, último término.*) Mira, ahí viene él.

SOLE. Es verdad. Y a la hora que yo le dije.

MARI. (*Curiosa.*) ¿Su novio?

SOLE. Mi novio.

MARI. ¿Cuál es?

SOLE. Ese que se aserca.

MARI. (¡¡Bartolillo!!)

BART. (¡¡Mi hijo!!)

LUCIA. (¡La catombe!)

(*Por la izquierda último término entra en escena BARTOLILLO, un muchacho bien vestido, pero algo achulado. Bartolo se deja caer en su butaca y hunde la frente entre las manos. Luciano y Mariquilla se acercan a él y quedan de manera que no sean vistos fácilmente por Bartolillo.*)

SOLE. (*Saliendo al encuentro.*) Hola, hombre...

BARTOLI. Hola, reina. Buenas tardes, Plásida.

PLÁC. Buenas tardes, marqués.

BARTOLI. Me parese que he sido puntual.

SOLE. Como siempre. De eso hablábamos con este amigo.

PLÁC. (*A Bartolillo.*) Haga usté er favó, quiero yo que se conozcan ustede. (*Presentándole a Bartolo.*) Don Bartolo Campolerdo, muy buenísima persona y aristógrata... Er novio de mi niña, de

quien le hablé... (*Bartolillo, que se ha quedado de una pieza, no sabe lo que hacer. Pausa breve, pero angustiosa.*)

BART. (*Tembloroso, alargándole la mano.*) Para servir a usté.

BARTOLI. (*Estrechándole la mano, y sin saber qué decir.*) Beso a usté la mano.

BART. (*Retirando la mano, asqueado.*) ¡No...!

SOLE. Escucha, Bautista... (*Este nombre sorprende a Luciano, Mariquilla y Bartolo.*

BART. (¡Qué vergüenza!)

SOLE. ¿Tienes dinero?

BARTOLI. Sí, es decir... ¿Por qué lo preguntas?

SOLE. Hijo, porque estamos como estábamos. No tenemos casa. Ibamos a mudarnos a las habitaciones que ocupaba el pobre don Bartolo, pero hasta mañana no tendremos la llave.

PLAC. Además que, aunque la tuviéramos, ya no había tiempo de acarreá los muebles. Vamos a llegarnos ahí a la vera, a casa de una amiga que armite güespedes, pa resorvé lo de esta noche, y mañana será otro día. ¡Ah! Hombre, usté que tiene influensia en tós laos, marqués... A vé si puede usté hasé argo por este pobre hombre, que está en las úrtimas...Haría usté una buena obra.

BARTOLI. (*Que no sabe qué decir ni dónde mirar.*) Si, yo veré...

PLAC. Está desamparaito. Tiene un hijo, pero anda por ahí en malos pasos, porque creo que el angelito le ha salio rana, y es un sinvergüenza de los que quitan er resueyo.

BARTOLI. Ahora hablaré con él y él me dirá eso y mucho más. Aquí aguardo a ustedes.

SOLE. ¿Eh...? ¿No vienes?

BARTOLI. No, quiero hablar con él para que él se desahogue conmigo.

SOLE. ¡Qué bueno eres!

PLACI. Muchas gracias, marqués. (*A Bartolo, muy contenta.*) Queda usté en buenas manos. Hasta ahora mismo. Gorvemos deseguida. (*Se van por la izquierda, primer término.*)

BARTOLI. (*Acercándose a Bartolo, que oculta la cabeza entre las manos.*) ¡¡Padre...!!

MARI. (*A media voz.*) ¡Sinvergüenza!

LUCIA. (*Idem.*) ¡Canalla...!

BARTOLI. (*A Luciano, amenazándole.*) Oye, tú, que a tí...

MARI. ¡¡Mal hijo!!

LUCIA. (*En son de insulto.*) ¡Bautista!

MARI. ¡Cambiarte hasta el nombre pá engañá a esas pobres mujeres...!

BARTOLI. ¿Engañarlas...?

MARI. Sí. ¿Dónde está el dinero que ella te da pa que se lo guardes? Responde, dí, contesta... (*Bartolillo baja la cabeza sin contestar.*) ¿Callas, verdá...? ¡Ladrón!

BART. (*Lloroso.*) ¡Un hijo mío...! ¡Un Campolerdo...!

MARI. (*Consolándole.*) ¡Vamos, tío...! (*A Luciano.*) Dame un poco de agua...

LUCIA. Mejor será vino.

MARI. ¿Pero hay?

LUCIA. Sí, aquí hay dos botellas de la viuda.

BARTOLI. ¿Tenéis champán?

LUCIA. ¡Champán...! Vamos quita. (*Dando un poco de vino a Bartolo.*) Beba usté y tómelo usté con

resirnación. ¡Mardita seas...! ¡Y que tocara Mandinga la flauta pá esto...!

BART. (*Después de beber.*) Gracias, muchas gracias.

BARTOLI. Padre, perdóneme usté. ¡Sinceramente se lo pido!

BART. No he querido descubrir la verdad, no por vergüenza de que seas mi hijo, sino por no matar a esas pobres mujeres a las que tienes engañadas, ciegas...

BARTOLI. Ciego estaba yo también cuando cometí el engaño, padre, y ahora lo siento más que nadie, porque lo que empezó por una mala tentasión, ha echado raíces en mí, y yo quiero a esa mujer, padre; la quiero de veras, y mi temor, mi angustia es, que ella descubra algún día que yo no soy quien le he dicho que era; que yo he dispuesto de lo que ella me dió a guardar; que yo soy un canalla indigno de ella y de usté, padre; de usté, del más bueno, del más santo de los hombres... ¡Máteme usté, padre; haga usté conmigo lo que yo no hago, porque me falta valor! (*Llora.*)

BART. (*Abrazándole.*) ¡Hijo...!

MARI. (*Muy blanda.*) Vamos, hombre, no hay que ponerse así.

LUCIA. (*Idem.*) ¡Mardita sea...! (*Lloran los tres.*)

PLAC. (*Entrando en escena con Soledad.*) ¡Menuda plancha...! Porque es que han echado abajo hasta la casa. (*Al ver a Bartolo y a Bartolillo, abrazados, se detiene.*) ¿Eh...?

SOLE. (*Idem.*) ¡Madre...!

PLAC. ¡Es mucho marqué (*Quedan escuchando.*)

BART. Hijo mío, tus lágrimas son sinceras. Dios manda perdonar, y te perdono; pero nada puedo hacer por ti. Si la vida pudiera venderse, yo vendería la mía ahora mismo, para que pudieras devolver a Soledad el dinero que le has robado...

BARTOLI. ¡Padre...!

BART. Que le has robado, porque ella te lo confió engañada por ti, creyéndote rico... ¡Qué hórror...! Has cometido un delito, y un delito muy grave... Vete, déjanos; cuando ella vuelva, yo le confesaré la verdad, y le pediré perdón para ti.

BARTOLI. ¡No, eso, jamás; la verdad, nunca...! Dejaría de quererme, padre, y ya le he dicho que yo no puedo vivir sin el cariño de esa mujer.

BART. ¿Pero, y si se entera por otro conducto? ¿Y si te denuncia...?

SOLE. (*Avanzando.*) ¡No...! ¡Eso no...!

BARTOLI. ¡¡Soledá...!!

SOLE. No por él, que no lo merese... (*A Bartolo.*) ¡Por usté, que es un santo!

BART. (*Conmovidísimo, abrazándola.*) ¡Gracias!

PLAC. (*Que no sale de su asombro.*) ¿Pero qué es esto? ¿Es que yo soy yo...? ¿Es que yo no le he cortao ya la cara a ese hombre...?

BART. (*Humildemente.*) ¡Plácida...!

PLAC. (*Acudiendo a Soledad, que se deja caer casi sin fuerzas en una silla.*) ¡Soledad...!

MARI. ¿Eh...? (*Acude también a ella.*)

BARTOLI. (*Que está un poco separado del grupo y sin atreverse a mirar a nadie.*) ¡Si yo tuviera ahora un arma...!

LUCIA. (*Que está junto a él, saca de su bolsillo una navaja y se la da disimuladamente.*) Toma... No quiero verte sufrir.

BARTOLI. (*Rechazándola.*) ¡Déjame en paz!

LUCIA. ¡Bautista!

SOLE. (*A Plácida, Mariquilla y Bartolo.*) No es más que un poco de frio.

MARI. Como que está helando .. Si pudiéramos hacer un poco de fuego.

BART. Sí, aguarda... A ver unos papeles y unas astillas, Luciano. Leña ha de sobrarnos. Aguarda. (*Un instante perplejo.*) Es difícil averiguar qué es lo más viejo... (*Por el viejísimo «secretaire».*) Esto es lo menos útil. Lo conservaba porque fué de la pobre santa; pero... (*Coge un martillo, le da un martillazo que lo deshace, y se detiene al ver que caen unos papeles.*) ¿Eh...? ¿Tenía un secreto este mueble...? (*Todos prestan atención.*) ¿Es una carta...? (*Por un papel que ha cogido y que se dispone a leer.*) Sí... (*Leyendo.*) Aurelio Ruiz.

SOLE. El dueño de la fábrica.

BART. (*Leyendo.*) «Querida Angela...» ¿A mi esposa...? ¿Qué es esto...? (*Lee para sí.*) ¡No...! ¡¡No...!! (*Leyendo en voz alta nerviosamente.*) Reconozco que lo que ha nacido es mío... Merezco más compasión que odio... Ser padre y no poder dar ese nombre a quien lleva mi sangre... ¡¡Dios mío...!!

BARTOLI. (*Que empieza a adivinar.*) ¿Qué...?

BART. Yo saltaría por todo, pero me inspira miedo Campolerdo... Tiene tales ideas del honor y

de la dignidad, que llegaría seguramente al crimen... Callemos, Angela, callemos; que él no lo sepa jamás... Yo velaré siempre por el porvenir de esa criatura que, siendo fruto de mi amor, llevará un apellido que no le pertenece... Aurelio Ruiz... (*Se le cae la carta de las manos y Bartolillo la recoge.*)

MARI. ¡Qué espanto...!

BART. (*A Bartolillo.*) ¡De manera que tú...! ¡¡Tú...!!

BARTOLI. ¡Padre...!

BART. ¡No me des ese nombre!

BARTOLI. Es verdad... (*Abrazándole.*) ¡Don Bartolo...! Perdón para ella. ¡Perdón para mi madre...!

BART. ¡No; nunca...! Para ella, para la pérfida, para la adúltera, jamás. (*Saca el retrato, lo rompe y lo tira.*)

BARTOLI. (¡Yo hijo de un millonario...!)

SOLE. (¡Hijo de él!)

PLAC. (Ná, que tiene dos padres, uno noble y otro rico.)

LUCIA. (Este me coloca a mí en la fábrica de su padre.) (*Le pasa a Bartolillo la mano por la espalda y le sonríe.*)

BART. Por primera vez en mi vida me faltan las fuerzas.

MARI. ¡Tío...!

BART. (*Abrazándola.*) No me llames así; llámame padre. En mi familia no hay más sangre pura que la que corre por tus venas. Ya no tengo más hijo que tú. (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio sevillano convertido en oficinas. En primer término de la derecha, la puerta de la calle, y en el primer término de la izquierda otra puerta sobre la que se lee: «Dirección». El espacio ocupado por las oficinas está completamente cerrado por una no muy alta mampara de madera y cristales opacos, que arranca desde las dos puertas dichas y forma un amplio semicírculo. Hay en ella cuatro taquillas rotuladas: «Comisiones», «Representaciones», «Caja», «Expediciones». La puerta de salida del recinto de las oficinas al patio está a la derecha y forma parte de la mampara. Hay en escena un banco y unas sillas.

(*Al levantarse el telón, dos empleados, BENITEZ y RUIZ, asomando al patio sus cabezas por sus respectivas ventanillas, una enfrente de otra, discuten acaloradamente.*)

BENÍ. ¿Pero dónde se van a poner los toros con el futbol?

RUIZ. ¿Y tú eres de Sevilla? ¡La cara se te debía caer de vergüenza!

BENÍ. Donde está una patá bien dá a un balón, que se quiten los pases de pecho.

RUIZ. ¡Borracho!

BENÍ. ¡Ignorante!

RUIZ. ¡A lo que hemos llegao! ¡En Sevilla, la plaza convertía en campo de futbol!

BENÍ. ¡Que nos vamos civilizando! Y si no, atiende: Antes ibas por la calle, te pegaban los chiquillos un pelotazo y le armabas una bronca al chiquillo, al padre del chiquillo y a la madre del chiquillo, que se enteraba der joyín media Sevilla. Ahora vas por la calle, ves vení pá ti una pelota, te quitas el sombrero, le das así con la cabeza y sigues tu camino.

RUIZ. Eso er que lo siga. Yo veo una pelota y se me regüerve la sangre.

BENÍ. ¡A ti que se te va a regorvé la sangre, si no la tienes! ¡Qué váis a tené sangre los taurófilos! Los que tenemos sangre, y músculos, y nervios, y viceps somos los futbolistas... Vosotros... ¡bah!, chichas, chichas y chichas.

RUIZ. Eso no me lo dices tú en la calle.

BENÍ. Eso te lo digo yo en la calle, y te doy una patá en la barriga, que hago gol contigo en el úrtimo barcón de la Girarda.

RUIZ. Y yo te pego a ti una corná.

BENÍ. Puede que si.

RUIZ. ¡Benítez, que me estás fartando!

MACHUCA. (*Un carrero. Entrando.*) Buenos días, caballeros.

BENÍ. Y sobre tó, que hay que ir con el progreso. Y como ya no se oye hablá en Sevilla más que de futbol, y como hasta los chiquillos en las calles ya no juegan a los toros...

RUIZ. ¿Que no? Hombre, Machuca, usté que es carrero y va con su carro por ahí...

MACHU. Yo lo que veo, es que aquí el señó Beníte está en lo sierto. ¡Los balonasos que me gano yo ar cabo der día, caballero...! ¡No se pué dí por las calles, señó Ruí! Y no le dé usté ninguna patá a ningún balonsito, porque enseguía se vienen pá usté veintisiete chaveas, y con el aquel del «órside», porque empiezan a gritá «órside, órside», se gana usté veintisiete mil patás en las espinillas. Yo veo de vení un balón, y mire usté, me encojo así, y si me dá, que me dé; que tengo tó esto morao por los «órsides». (*Por las espinillas.*)Güeno, a lo que venía· ahí está er carro con los úrtimos quintales de corcho que habemos recogío de la estasión. Que me den el recibí, que me voy.

BENÍ. Se le puede dar, pero sin la firma del amo, porque todavia no ha venio.

MACHU. ¿Tardará?

RUIZ. ¡Vaya usté a sabé! Anda estos días mú desalentao y no se separa de don Luis.

BENÍ. Argún negosio susio der tio ese.

MACHU. Güen pájaro está don Luis. Cuando era un chupatintas, como ustedes, paresia una mosquita muerta; pero ¡camará...! Como la espuma ha subio.

RUIZ. El braso derecho del amo, Machuca.

MACHU. ¡Y que lo diga usté! ¡Debe valé mucho ese hombre!

BENÍ. ¡Valé, valé...! Que es un quitapelusas, cobero, sin lacha.

RUIZ — Eso no se lo dice tú en su cara.

BENÍ. — ¿Que no? ¡Ya lo creo!

MACHU. — Pues ahí viene.

BENÍ. — Pues voy a salí pa desírselo. (*Desaparece.*)

RUIZ — Y yo voy a salí pa oírtelo desí. (*Desaparece también.*)

MACHU. — Estos dos están siempre como er perro y er gato.

BENÍ. — (*Saliendo de la oficina.*) Así como así le tengó yo unas ganas...

RUIZ — (*Idem.*) Vamos a vé, hombre; vamos a vé.

D. LUIS — (*Entrando por la derecha.*) Hola, señores, ¿de qué se hablaba?

BENÍ. — Aquí que estaba yo diciendo que tú eres un sinvergüensa.

D. LUIS — Pues sí que es una notisia...!¡Claro,hombre...! Y por eso llevo siempre mi buen terno, mi buen ancho, mis buenas tumbagas y mis buenos sinco duros en er borsillo.

MACHU. — ¡Hombre, no diga usté eso...!

D. LUIS. — ¿Cómo que no? ¡Pero si lo soy!

BENÍ. — ¡Lo es, lo es!

D. LUIS — ¿Y qué hay con eso? A chincharse el que no pueda ser sinvergüenza, que no te creas tú que es fácil vivir de gañote y sin trabajar.

BENÍ. — A costa del amo.

D. LUIS — A costa del lucerito del alba. ¡Pues no tuviera más que ver! Ni tú, ni usté, ni yo ni nadie fabricamos billetes del Banco, y esos hay que tenerlos cogiéndolos de donde los haya, quitándoselos ar que los tenga.

MACHU. — Hombre, quitándoselos... Usté dispense que yo le diga... que más vale ganarlos.

RUIZ ¡Claro!

D. LUIS Es que quitarlos o ganarlos es lo mismo.

MACHU. ¿Qué dise usté, hombre?

RUIZ ¡Caramba!

D. LUIS Verá usté, amigo: Ponga usté un hombre que tenga un billete y no nos metamos a averiguá de dónde lo ha sacao. Lo tiene, y yo no lo tengo, y yo voy por él. Le hago un trabajo, me da lo convenido y pasa a mis manos el billete. ¡Se lo he quitao!

MACHU. Hombre, no.

BENÍ. ¡Caray!

D. LUIS ¡Se lo he quitao, sí, señor! Porque yo no le he cambiao er billete por otro billete, sino por algo que puede que lo varga, pero que por lo pronto no lo es; una tapia, si soy albañil; unas botas, si soy zapatero, o unos números en un libro, si soy chupatintas. Él, luego, si es listo, cambiará a otro la tapia, las botas o los números por otro billete. Allá él. El resultao es que él tenía un billete y ya no lo tiene, porque me lo ha dao a mí por las buenas.

MACHU. Sí, señó.

D. LUIS Bueuo; pues ponga usté que yo no soy albañil, ni zapatero, ni chupatintas. Ponga usté que soy un sinvergüensa, que lo soy.

MACHU. Cuando usté lo dise...

D. LUIS Que lo soy, hombre, en serio, que lo soy. Pues yo voy ar tío der billete, le paso la mano por el lomo, y mientras él se estremese de gusto, se lo quito der borsillo sin que lo note. ¡Ya está! ¡Er mismo caso! Él, luego, si es listo, que

le pase la mano por el lomo a otro. ¡La cadena de la vía!

MACHU. Hombre...

D. LUIS. Le digo a usté y le repito, que el que no lo tenía y amanese teniéndolo, no dió por el billete otro billete porque no lo tenía. Ha engañao ar prójimo dando la cara. Y como es mucho más expuesto dar la cara, por eso ganamos más los que somos sinvergüensas. Piénselo usté.

MACHU. ¡Es pá pensarlo, sí, señó! Güeno, darme el resibí aunque sea sin firmá, que me voy.

BENÍ. (*Dándole un papel.*) ¡Ahí vá, amigo!

MACHU. (*Mientras se guarda el papel en la faja. Aparte.*) ¡Claro...! Si el otro lo tiene, yo no lo tengo, y si él me lo dá, él no lo tiene y yo sí. Y si yo lo tengo y lo doy, me queo sin él, y él lo tiene. ¡La caena! ¡Claro como la lú! (*Haciendo mutis por la derecha.*) ¡Hay que pensarlo, hay que pensarlo...! Hasta luego, señores. Bueno, yo veo a un gachó con un billete, y ese billete es pa mí. (*Vase.*)

BENÍ. ¿Y ahora en qué se currela?

D. LUIS. Ahora en asuntos femeninos. Don Aurelio anda que no vé, por Soledá, la mecanógrafa, que lo vale la chiquilla, y yo ando ar pairo suavisando dificurtaes. Mis buenos dineros me va a valé.

BENÍ. ¿Sabes que eres más sinvergüensa de lo que dises?

D. LUIS. Porque se puede. ¡El amo llega! Hála, esclavos, plebe, suburbios, escorias, desgrasiaos,

¡a trabajar! (*Entran en la oficina Benitez y Ruiz.*)

D. AUR. (*Entrando por la derecha.*) ¡Hola...!

D. LUIS. Acabaito de levantá; como si lo viera.

D AUR. ¿Por qué lo sabes?

D. LUIS. Porque vienes como una rosa. ¡Señores, qué hombre!

D. AUR. ¡Hay tipo, hay tipo!

D. LUIS. ¡Un tipo que quita el tipo!

D. AUR. Esa es la verdad. (*Dirigiéndose hacia la mampara.*) Son las once, señores. ¡La hora! (*Por la puerta de la mampara salen hasta cinco o seis empleados, que con el consabido «buenos dias», se despiden de don Aurelio y se van por la derecha.*)

EMPLEA. Buenos días...

BENI. (*Acercandose a la puerta de la izquierda y entreabriéndola.*) Compañera. ¡La hora! (*Se va por la derecha.*)

D. LUIS. (*A D. Aurelio, mientras se van los empleados, estirándole la americana por detrás.*) Una arruguita; no es nada. Bueno, es que te cae la ropa de un modo... ¡La percha, que es una señora percha, granuja!

D. AUR. No es maleja.

D. LUIS. ¿Pues y el pelo? ¡Cualquiera diría que te lo tiñes!

D. AUR. Hombre, argún toquesito hay que darse!

D. LUIS. ¡Toquesito...! ¡Qué cosas tienes! Como si yo no supiera que ese ébano es natural... ¿Pero a mí me vas a hacer creer que es nitrato? ¡Guasón! ¡En seguidita me lo creo! ¡Cómo te envidio!

D. AUR. ¡Calla! ¡Ella!

SOLE. (*Saliendo por la izquierda.*) Buenos días.

D. AUR. ¿Qué? ¿Se despachó la correspondencia?

SOLE. Toda. Ahí queda a la firma.

D. AUR. Ahora la firmaré. No he podido venir antes por... ¡Por ti!

SOLE. ¿Por mí?

D. AUR. Porque eso de que no hayas tú podido dormir anoche en tu nueva casa, que es la mía, ¡en mi casa, que es la tuya...! Y todo lo que tú quieras mío es tuyo...

SOLE. ¡Vaya...!

D. AUR. ...Me traía a mí sin sueño. Y me he llegao al Juzgao y he recogio la llave... (*Sacándola*), y aquí está, que bien quisiera yo que fuera de oro, pá ponerla en esas manos de nieve. Tómala. (*La besa.*)

SOLE. (*Cogiéndola.*) Gracias.

D. LUIS. ¡Oooolé!

SOLE.
D. AUR. } ¿Eh?

D. LUIS. ¡Y ole! L'has dao la llave, chiquillo, con una elegansia, que ni el rey moro de Granada a doña Isabel la Católica. (*Limpiándose una lagrima.*) ¡M'has emocionao!

D. AUR. (*Por Soledad.*) Aquí la tienes. La que se va a quedar con mi fábrica de corcho en cuanto ella quiera. Tú lo sabes.

D. LUIS. Un crimen que está usté hasiendo con este hombre, Soledad. Destrosándole la vía. ¡Pisoteándole las alitas del corasón! Y tó por un novio chulón y desahogao que hasta le ha quitao los ahorros que tenía. Que tó se sabe en

este mundo. (*A Aurelio.*) Ahora te contaré, porque la cosa tiene perendengues.

D. AUR. Y en cambio yo, cá vé más colao y más ciego...

SOLE. Vaya; la letanía de todos los días.

D. AUR. La letanía de todos los días, que me la rezo yo solo; porque está por la primera vez que tú m'hayas contestao «ora pro nobis».

SOLE. ¡¡Pues hoy va a ser!!

D. AUR. ¡Chiquilla!

SOLE. Dos palabritas solamente, ya que aquí ha mentao a mi novio.

D. LUIS. Con una palabrita le sobra a este santo varón. Con una que diga «sí».

SOLE. Conque sí, ¿eh? Pues mire usté don Aurelio. Hasta aquí hemos llegao y de aquí no vamos a pasar, porque usté no va a querer.

D. AUR. ¿Que yo no voy a querer? Yo echo el pie en un abismo, si en el fondo del abismo brillan los ojos que a mí me matan.

SOLE. Eso es una copla, don Aurelio. Harto hará usté con vorvé la esparda y bajá la cabesa, cuando sepa usté quién es mi novio.

D. AUR. Alguna fiera.

SOLE. Algo que puede que le imponga a usté más que una fiera.

D. AUR. ¿Qué?

SOLE. Porque mi novio... Tengo yo que hablar con usté muy despasio y sin testigos. ¿Quiere usté que lo dejemos pá luego? ¡Pues hasta luego! (*Vase por la derecha.*)

D. AUR. ¿Sabes tú algo...?

D. LUIS. ¡Qué no voy a saber yo que a ti te interese!

D. AUR. Pues dime, hombre.

D. LUIS. El novío de Soledad...

D. AUR. ¿Quién es? ¿Qué es?

D. LUIS. Es una perla. ¡Montes de oro van a hacer farta pa redusirlo!

D. AUR. ¡Habrá los montes de oro que se necesiten!

D. LUIS. Eso ya lo sé; pero es que el nene, Aurelio, no tiene desperdicio. Es jugaó, camorrista, timadó, carterista y además... no te asustes: El niño es hijo de Bartolo Campolerdo.

D. AUR. ¿Pero otra vez Campolerdo en mi camino? ¿Será posible que...?

D. LUIS. ¿Y qué? «Con oro no hay ná que falle».

D. AUR. Quita, hombre, quita. A ese hombre, lo conozco, Luis; a ese hombre se le ofrece la momia de Tutankamen, y como si le ofrecieran un pedazo de mojama. Canas me salieron cuando tuve aquel deliz con su hermana, del que, gracias a Dios, él no sabe nada; pero si ahora se entera de que le hago cocos a la que va a ser su hija política...

D. LUIS. Hombre, es que el asunto se puede tratar a espaldas suyas, aprovechando las condiciones del niño.

D. AUR. No, no. ¡Que me busca una ruina, que es de lo que no hay en lo tocante a dignidad!

D. LUIS. Aquí no hay más dignidad que don dinero.

D. AUR. Que tú no sabes de la misa la media. Que cuando lo de la chica con su hermana, tuve que valerme de su mujer, que era una santa, pá que no se enterara de ná, y siempre con un miedo que... ¡vaya, que no...! Borrón y cuenta

nueva. Después de todo, me voy a ahorrar un puñao de dinero.

D. LUIS ¡Que no, hombre! ¿Qué te vas tú a ahorrar? Digo, ¿qué te vas tú a asustar estando yo por medio? Vales tú por veinticinco Campolerdos, y si me concedes un crédito de cuatro mil pesetas...

D. AUR. Luis, que estás equivocado.

D. LUIS. Tú, apoquíname ocho mil pesetas, y el que dice ocho, dice diez y ocho o setenta y ocho... porque yo, fíjate, escucha, hombre...

MARI. (*Entrando muy nerviosa, desalentada, hablando rapidísimamente.*) ¿Vinieron? ¡No vinieron! ¡Mejor! (*Dirigiéndose a don Aurelio.*) ¡¡Usté es don Aurelio!! ¡¡¡No me diga usté que no!!! ¡Usté es don Aurelio! ¡Ya lo creo que es usté don Aurelio! (*Respirando para no ahogarse.*) ¡Ay, gracias a Dios!

D. AUR. Sí, ¿pero tú ¿quién eres?

MARI. Una mujer. A la vista sarta. ¿No lo está usté viendo? (*Mas rápido que nunca.*) Una cualquiera; nadie, un desperdicio de la vía que va roando por el mundo, saltando entre las chinitas del camino, dejándose en las zarzas jirones de su piel, pedazos de su alma! ¡Ay, qué bonito está lo que he dicho! ¿Dónde lo he leído yo? Ah, sí, ya, en el cine: «La mancha roja». ¡Sí! Y es que estoy loca, estoy loca, estoy loca, estoy loca...!

D. LUIS. Joven: ¿no s'habrá usté equivocao? ¿No será en la casa de al lado?

MARI. No, que es aquí. ¡Ya lo creo que es aquí! Aquí,

aquí es donde vengo yo a impedir un día de luto.

D. LUIS. ¿Usté? ¿Tú? ¿Pero cómo?

MARI. ¡A usté qué le importa, hombre! Yo me basto y me sobro pá impedirlo, y es mi deber, y aquí estoy, aquí me planto y de aquí no me muevo! (*Apoyándose resueltamente sobre la mampara*). ¡¡¡Ya está!!!

D. AUR. Oye, tú, ¿vienes por lo de la rubia o por la del puesto de tomates?

D. LUIS No, hombre, ésta viene por lo de Frasquita la gitana. A que sí.

D. AUR. (*Calmándose y dirigiéndose muy flamenco a Mariquilla.*) ¿Sabes que eres bonita?

MARI. (*Chillando como una rata.*) ¡Sí, señor, que lo sé! (*Huyendo de don Aurelio.*) ¡Ay! no, no; eso no, a mí no...!

D. AUR. (*Logrando atraparla.*)¿...Y que tienes un hoyito en la barba que está pidiendo que te lo llenen de besos?

MARI. (*Asustada.*) Bueno, sí; pero no me corre prisa. Ya me lo llenarán.

D. LUIS. (*A espaldas de Mariquilla, con esa voz rarísima que a lo mejor le sale a uno sin querer.*) ¡Carne de mis carnes!

MARI. (*Dando, asustada, un sálto y un grito.*) ¡Ay!

D. AUR. (*Atrapándola otra vez.*) No te asustes tú, chiquilla...

MARI. ¡Que se esté usté quieto! ¡Que yo sé cómo trata usté a las mujeres, so tío Surtán. Que yo he visto un cuadrito anoche, que, ¡vaya cuadro! Pero anda, que ella estuvo pá chillarla. ¡Ole

las mujeres! ¡Claro, que yo se lo he contao a Plásida!

D. AUR. ¿A qué Plásida?

MARI. A su madre.

D. AUR. ¿Mi madre?

MARI. Pero usté qué vá a tené madre con esa edá. ¡A la de ella!

D. AUR. ¿Pero ella quién es?

MARI. ¡Ay, ay...! ¡La de anoche! La de anoche, hombre, la de anoche, no se haga usté el lila.

D. AUR. ¿Yo? Pero vamos a ver, explica eso de Plásida.

MARI. Pues eso de Plásida es que Plásida, la madre de Soledá, está enterá por mí de que usté le hace el amor a traisión, y esa le corta a usté la cara, porque es una señora. ¡Anda si se la corta...! Digo, si antes no se la quita a usté de un tiro Campolerdo.

D. AUR. (*Retrocediendo.*) Oye, oye...

D. LUIS. A ver, a ver...

D. AUR. (*A D. Luis.*) Que no es lo de la gitana, tú.

D. LUIS. (*A D. Aurelio.*) Espera. (*A Mariquilla.*) ¿Qué Campolerdo es ese?

MARI. ¡Ay, qué ricos! ¿Que no conocéis a Campolerdo?

D. AUR. Sí, sí, mujer, sí; claro que lo conozco. ¿Y qué le pasa a ese hombre?

MARI. ¿Que qué le pasa? Pues que a estas horas viene pa'cá con las intensiones de un tigre, porque se ha enterao de tó, de tó, de tó, de tó, de tó. ¡¡De tó!!

D. AUR. ¡Azúcar!

D. LUIS. ¡Calma!

MARI. ¡De tó!

D. LUIS. ¿De lo de la niña?

MARI. ¿Qué niña?

D. LUIS. (*A D. Aurelio.*) (¡No sabe nada, tú!)

D. AUR. (No sabe nada.)

MARI. ¡De lo del niño, de lo del niño, de lo del hijo, de lo del novio, de lo de Bartolillo.

D. LUIS. (*A D. Aurelio.*) (Es lo de Soledad, calla.)

D. AUR. (Respiro.)

D. LUIS. (*A Don Aurelio.*) Ahí están Campolerdo y su niño.

D. AUR. ¡Mi madre! ¡Hazme el quite! ¡Ahí dentro estoy!

D. LUIS. ¡No, quiá, hombre, yo no te abandono! ¡Diles que no estamos! (*Se meten los dos en el despacho de la Dirección. Dentro discuten Bartolo y Bartolillo.*)

BARTOLI. (*Forcejeando con Bartolo, en la puerta misma, y sin dejarle pasar.*) ¡Que no, hombre, que no...!

BART. ¡Déjame!

BARTOLI. ¡Cálmese usté, padre...! ¡No olvide usté que es mi padre!

BART. ¡¡¡Quién!!!

BARTOLI. Don Aurelio, er que quiere usté matá. Y usté también es mi padre, padre. Que éste será mi padre de mi alma, pero usté es mi padre y será siempre mi padre de mi alma.

MARI. Sí, seño; sí, señó.

BARTOLI. (*Al verla.*) ¿Eh?

BART. (*Idem.*) ¡Mariquilla! ¿Qué haces tú aquí?

MARI. Pues que yo vine a... ¡Pero no está! D. Aurelio no está.

BART. ¿Eh?

MARI. Que no se canse usté, porque no está. Ha ido a la Cruz der Campo. Venga usté que vamos a buscarlo. (*Intenta llevárselo.*)

BART. ¡Suerta!

BARTOLI. Sí, llévatelo.

MARI. Ande usté, que para llegar antes nos iremos a pie.

BART. (*Indignado.*) ¿Pero qué dices? ¡Que suertes, te digo! (*Mariquilla obedece.*) ¿Es que se habéis figurao que vengo a matar a ese hombre como si fuera yo un asesino corriente? ¡No! Yo sé lo que cumple al heredero de Mandinga ¡Vete!

MARI. Mire usté, tío, que yo...

BART. ¡Vete!

MARI. Sí, señó. ¡Por Dios, Bartolillo...!

BARTOLI. No tengas cuidao,que yo me quedo también y protegeré a los dos. Yo no puedo olvidar que este es mi padre y que el otro...

MARI. El otro es un sinvergüenza como de aquí a Coria del Rio.

BARTOLI. Pero es mi padre. ¡¡Vete!!

MARI. Bueno, hombre, bueno... (Avisaré a Plásida y a Soledad.) Pero...

BART.
BARTOLI. (*Como una furia.*) ¡¡Vete!!

MARI. (*Asustada.*) ¡Ay! (*Mutis. Pausa.*)

BART. (*Sentándose.*) Si no está, ya estará: luego,mañana, el mes que viene, cuando sea. De aquí no me muevo. ¡Yo no tengo nada que hacer...! (*Pausa.*)

BARTOLI. (*Acercándose a él.*) Vamos, padre... (*A un gesto de Bartolo.*) Sí, padre, aunque usté no quiera. ¿Qué pensamientos tienen usté?

BART. (*Sombrío.*) Traigo un guante. Con uno tengo suficiente. Siento que sea de señora y que sea de argodón, porque no le haré daño cuando se lo tire a la cara.

BARTOLI. ¿Pá qué?

BART. Pá desafiarlo. ¡A muerte!

BARTOLI. ¡Eso no! Yo no le consiento a usté que el nombre de mi madre sirva para...

BART. No lo pronunciaré. ¡Me quemaría los labios! La causa aparente del duelo puede ser otra. Una discusión sobre política... Sobre literatura... Mejor sobre el juego; sí. Le diré que en la ruleta el trece es rojo y en cuanto me contradiga, ¡zás!, ¡el guantazo! ¡Ha de ser a muerte!

BARTOLI. ¿Y si él no quiere batirse?

BART. Entonces... lucharé; ¡lo mataré como a un perro!

BARTOLI. Es que...

BART. Se ponga como se ponga, de todas manera te dejo huérfano.

BARTOLI. ¡Padre!

BART. ¡¡Llámame don Bartolo!!

BARTOLI. Pero...

BART. Nada en el mundo podrá atreguar mi lucha con el pisoteador de mi honra. No vengo querelloso por gusto; no pendencio por pendenciar; es que ese hombre me ha herido, me ha vulnerado. Mi nombre, aquel nombre que yo conservaba limpio, deslumbrador, está manchado; un chapoteo en el lodo ha llenado de salpicaduras mi preanomen, mi agnomen y mi cognomen; pero yo sabré lavar esas manchas con sangre.

BARTOLI. ¡Don Bartolo...!

BART. Nada me atará; nada argollará mis manos.

BARTOLI. ¿Y si todo es mentira? ¿Y si se cuela usté? Porque usté no dudó nunca de mi madre.

BART. ¡Nunca!

BARTOLI. Ni nunca vió usté en ella...

BART. ¡¡¡Nunca!!!

BARTOLI. Entonces, padre...

BART. Es que...

BARTOLI. ¿Qué?

BART. (*Con misterioso dolor.*) ¡Que tú eres sietemesino!

BARTOLI. ¡¡Don Bartolo!!

BART. ¿Comprendes ahora...?

BARTOLI. Si. Quiá, hombre, quiá; usté qué va a ser mi padre. Yo, antes que ser sietemesino, lo prefiero todo.

BART. No, no eres mi hijo. Tienes perversas inclinaciones y en nada te pareces a mí. Tú no llevas dentro un señor como yo. Tú no rindes culto al pasado. Tú eres un apache.

BARTOLI. ¡¡Papá!!

BART. (*Limpiándose una lagrima.*) ¡Nada de papá, hijo mío! Tú has llegao a lo último, a lo más bajo. (*Emocionadísimo.*) A robar sus ahorros a una pobre mujer. ¡No, no nos parecemos en nada! (*Enérgico, en una brusca transición.*)¡En nada! ¡¡Yo tengo sangre azul y tú tienes... mala sangre!!

BARTOLI. (*Amenazador.*) Eso...

BART. ¡¡Eres un bastardo, por parte de madre!!

BARTOLI. ¡Padre!

BATT. Di la verdad una vez en tu vida, una sola: ¿Te has acordado en alguna ocasión de la flauta? ¡Contesta!

BARTOLI. (*Dolorosamente.*) ¡Siempre que he querido reirme, padre!

BART. ¿Eh?

BARTOLI. Que usté perdone, pero yo siempre que me acuerdo de Mandinga tocando la flauta a los moros, me troncho.

BART. (*Lívido.*) ¡¡Si fueras mi hijo te daría una bofetada!! ¡Te la debo! ¡¡Canalla!!

BARTOLI. (*Indignado.*) ¿Canalla yo?. (*Conteniéndose.*) Bueno.

BART. (*Galleando.*) ¿Qué?

BARTOLI. Que le respeto y me contengo, porque aunque no sea usté mi padre, es usté mi padre. Que este será mi padre.

BART. ¿Pero es que me vas a colocar otra vez la relasión?

BARTOLI. Sí, porque usté es mi padre y será mi padre...

BART. (*Viendo que se entreabre la puerta.*) ¡Tu padre!

BARTOLI. ¿Eh...? ¡Sí! (*Al ver a Luis.*) No; es ese tío sinvergüenza que siempre va con él. (*D. Luis a don Aurelio, hablando hacia el lateral.*) Deja la puerta entorná pá que veas la faena.

D. AUR. (*Asomando la cabeza.*) ¡Por tu familia, Luis! Por dinero, que no quede.

D. LUIS. (*Le hace señas de que le deje y confíe en él, y queda junto a la puerta con todo género de precauciones.*) Caballeros, buenas tardes.

BARTOLI. (*Secamente.*) Buenas.

BART. (*Idem.*) Veremos.

D. LUIS. Perdonen que Aurelio no les reciba por ahora, pero un asunto urgente le retiene en su despacho. Está ahí con unos amigos... (*Dejando caer el nombre como si dejara caer una bomba.*) Peñalara, ese policía alto y fuerte... (*Bartolillo hace un gesto despectivo.*) Don Luciano, el capitán de Seguridad... (*Nuevo gesto de Bartolillo.*) y... el coronel de la Guardia civil. (*Muy satisfecho mira hacia la puerta donde se supone que escucha Aurelio y guiña.*)

BART. Si ahora no puede salir, ya saldrá. Si ahora no puede recibirme, ya me recibirá. Bartolo Campolerdo no saldrá de aquí sin vérselas con él.

BARTOLI. (*Conciliador.*) ¡Padre...!

BART. (*Imperiosamente.*) ¡Ya está dicho!

D. LUIS (*Extrañado.*) ¡Ah! ¿Pero ..? Yo creía que quien buscaba al amigo Aurelio era aquí el joven, y que usted le acompañaba para... vamos, para echarle al niño un capote.

BARTOLI. El capote tendré yo que echárselo a él.

BART. Me mortifica el símil, Bartolito.

BARTOLI. Usté perdone.

D. LUIS (*Que no entiende ni palabra.*) Bueno, pero vamos a ver, para que nos entendamos. (*A Bartolillo.*) Usté busca a don Aurelio Ruiz.

BARTOLI. (*Interrumpiéndole.*) Yo busco a don Aurelio Ruiz para darle un abrazo y un beso.

D. LUIS (Me da frío este hombre.) Mire usté, amigo Bartolito, entre sastres no se cobran las hechuras, y ya usté me entiende.

BARTOLI. No, señor.

D. LUIS Pues las cosas claras, porque los hombres

como nosotros... es decir, como usté y como yo, porque aquí Campolerdo es un caballero donde los haiga.

BART. Sabré demostrarlo.

D. LUIS No lo dudo...

BART. Gracias...

D. LUIS No hay de qué... (*A Bartolillo.*) Pues como le desía, los hombres que como usté y como yo no tenemos vergüensa...

BARTOLI. ¡Oiga usté, caballero...!

D. LUIS Vamos, hombre, vamos... Ya le he dicho que yo no tengo vergüensa, a usté le pasa lo mismo que a mí... y vamos al asunto, que los hombres de nuestra clase, cuando llega la hora de la lú (*Dinero.*) se dejan de pamplinas y de músicas...

BARTOLI. A ver, a ver...

BART. (*Dignísimo.*) ¡Hijo!

BARTOLI. (*Desdeñoso.*) Haga usté el favor, don Bartolo. (*A D. Luis.*) Siga usté.

D. LUIS Pues nada, hombre; que yo sé a lo que usté viene, y como de donde hay es de donde se saca, vamos a ponernos de acuerdo. Yo le juro a usté que cuando don Aurelio, que es un caballero, supo que era usté...

BARTOLI. Baje usté la voz.

D. LUIS (*Por Bartolo.*) ¿No está enterado?

BARTOLI. Sí, pero lo ha sabido ayer. Tiene la herida abierta todavía... ¡con la idea que él tiene de estas cosas...! ¡Qué situación más difísil la mía! Por un lado el cariño, por otro el deber... por otro mi dignidad.

D. LUIS No hablemos de eso.

BARTOLI. No hablemos de eso, sí, señor.

D. LUIS Y al grano.

BARTOLI. Lo que usté quiera.

D. LUIS Don Aurelio que es un hombre honrao...

BARTOLI. Lo creo.

D. LUIS. Y un hombré de corasón...

BARTOLI. Me consta.

D. LUIS Y, además, no le duelen prendas...

BARTOLI. Lo sé.

D. LUIS Con lágrimas en los ojos...

BARTOLI. ¡Qué me va usté a desí a mí! Al grano.

D. LUIS Con lágrimas en los ojos, me decía hace un rato: Yo sé que ese muchacho ha dispuesto de un dinero que Soledá le dió a guardar.

BARTOLI. ¡La pobre...!

D. LUIS Yo sé que como es un hombre de honor...

BARTOLI. ¡Me ha calao, me ha calao!

D. LUIS. Querrá devolvérselo pá quedá a los ojos de ella como cumple a quien lleva la sangre que él lleva.

BARTOLI. (*Conmovido.*) ¡Padre mío!

D. LUIS Dile que me pida lo que necesite para devolverle su dinero a esa mujer, y para trasladarse luego a América, donde podrá encontrar redención y fortuna.

BARTOLI. ¡Padre de mi alma...!

D. LUIS (*Muy satisfecho.*) De manera que usté me dirá lo que necesita para dicho pago, y para trasladarse cuanto antes a las Antillas.

BART. El lo dispone así y él puede disponerlo, aunque legalmente no tenga derecho; porque él legalmente no tiene mando sobre mí.

D. LUIS Ni lo pretende.

BARTOLI. (*A Bartolo.*) ¿Ha oido usté?

BART. Sí.

BARTOLI. ¿Y usté cree...?

BART. Allá tú. Nada tengo que ver contigo.

BARTOLI. Pero yo con usté sí.

BART. ¡Déjame! Arregla tus asuntos que luego arreglaré yo los míos.

BARTOLI. (*A D. Luis.*) Pues además de las tres mil pesetas de Soledá, y de las veinte mil que me ofrece para el viaje...

D. LUIS (¡Mi abuela...!)

BARTOLI. (*Por Bartolo*) Como este hombre ha de seguir siendo mi padre, porque habiendo sido mi padre hasta ahora, no va a dejar de serlo de pronto.

D. LUIS Naturalmente, hombre. ¡Qué tontería!

BARTOLI. Y como el día de mañana todo lo de mi padre ha de ser mío, porque él no tiene, que yo sepa, más herederos que yo, pues quiero que, además de esas vintitrés mil pesetas, le pase a mi padre tres duros diarios.

D. LUIS ¿Quién?

BARTOLI. Mi padre.

D. LUIS Pero ¿a quién?

BARTOLI. A mi padre.

D. LUIS ¿A qué padre?

BARTOLI. A éste.

D. LUIS ¿Pero quién le va a pasar los tres duros?

BARTOLI. Mi padre.

D. LUIS ¿Eh?

BART. (*Dignísimo.*) ¿Crees tú, canalla, que tu padre

va a aceptar dinero de tu padre?

D. LUIS ¿Cómo?

BART. ¿Olvidas que Bartolo tiene una flauta?

BARTOLI. ¡Ríase usté de eso, hombre!

BART. Vuelvo a decirte que te debo una bofetada.

D. LUIS. (*Boquiabierto.*) ¿Pero qué dice esta gente?

BART. Yo no aceptaré un solo céntimo de Aurelio Ruiz, del miserable ultrajador de mi honra.

D. LUIS ¡Atiza...! (*Retrocediendo asustado.*) ¿Pero usté sabe también?

BART. Por eso digo, que después de arreglar éste sus asuntos, entraré yo. (*D. Aurelio saca la mano y dice con ella que no.*)

D. LUIS Bueno, hombre, todo se andará. En este mundo todo tiene arreglo menos la muerte.

BART. (*Con sorda rabia.*) ¡La muerte! ¡Sí! ¡La muerte! ¡Ah...!

BARTOLI. ¡¡Padre...!!

BART. (*Como antes.*) ¡¡Ah...!!

D. LUIS (*Junto a la puerta de la izquierda.*) ¡Chavó!

BART. (*Como antes, mordiéndose una mano.*) ¡¡Canalla...!!

D. AUR. (*Asustadísimo, asomando la cabeza, a D. Luis.*) ¡Que se vaya!

D. LUIS ¡¡Calla!! (*Por Bartolo.*) (El tío es un alacrán.) Bueno, pues liquidemos lo de usté, joven. Mi amigo Aurelio le ofrece por mi conducto esas pesetas, y además le jura por su salú que no volverá a pretender a Soledá.

BARTOLI. (*Estupefacto.*) ¿Eh?

BART. (*Idem.*) ¿Qué...?

BARTOLI. ¿Que pretendía a Soledá? ¿A mi novia...?

D. LUIS Claro, hombre.

BARTOLI. ¿Cómo que claro?

D. LUIS Y me extraña esa extrañeza.

BARTOLI. ¡Dios mío, qué horror!

BART. Pretenderla él... su padre.

D. LUIS ¿Su padre?

BART. ¿Pero ahora se entera usté?

D. LUIS ¡Atiza! Entonces la hija de Aurelio es... ¿Aurelio padre de Soledad? (*D. Aurelio saca la mano y dice que no.*) Dice que no.

BARTOLI. (*Muy serio*). Chungueo no, amigo don Luis. ¡Don Aurelio es mi padre!

D. LUIS ¿Eh?

BARTOLI. ¡Mi padre de mi alma!

D. LUIS (*A Bartolo.*) ¿Pero usté qué dice a eso?

BART. Yo lo repito mordiéndome el corazón. ¡Aurelio Ruiz es el padre de mi hijo.

D. LUIS (*Después de mirar de nuevo la mano de Aurelio, que niega siempre.*) Dice que no.

BARTOLI. ¡Es que tengo pruebas!

D. LUIS Pues dice que no.

BARTOLI. (*A Bartolo.*) ¿Que no, eh?

D. LUIS A mí siempre m'ha dicho que lo que nasió de aquellos amores fué una niña.

BARTOLI. ¡¡Fuí yo!! (*Nueva negativa de D. Aurelio.*)

D. LUIS Mire usté que...

BARTOLI. (*Furioso.*) ¡¡Fuí yo!!

D. LUIS Bueno, hombre, no se ponga usté así. Usté sería, pero él vió que lo que nació... le pareció que era niña.

BARTOLI. Yo le parto a usté la cara, en nueve cachos.

D. LUIS No, no... Si a mí... A mí no. (*Hablando hacia*

la puerta de la izquierda.) Escucha, tú, que dicen que no, que fué niño.

D. AURE. (*Entrando en escena y sosteniéndose en el quicio de la puerta, porque trae un miedo que se cae. Casi no puede hablar. Trae un revólver que le oscila como un péndulo.*) Pero bueno, bueno... vamos a ver...

BARTOLI. ¡¡Padre!!

BART. (*Dispuesto a lanzarse sobre él.*) ¡¡Miserable!!

BARTOLI. (*Sujetandole.*) No, padre...! ¡Es mi padre...! Para tocarle un pelo de la ropa tendrá usté que sartá por ensima de mi cadáver.

D. LUIS ¡Bravo! (*Bastante asustado.*) ¡Así se hace! Tienes quien te defienda. Aurelio, déjame que me vaya, porque en asuntos de familia no me gusta a mí meterme.

D. AURE. (*Agarrándose a él como una lapa.*) ¡No! ¡No te vayas! ¡No me dejes! ¡No es mi hijo!

BART. ¡No sea usté imbécil!

D. AUR. No es mi hijo.

BART. ¡Usté qué sabe!

D. AUR. Claro que lo sé. Mariana dió a luz una niña. ¡Hija mia! Tengo cartas que lo prueban. (*Saca unos papeles.*) Al oir a ustedes las he buscado, y aquí están... Son cartas de Mariana y de Angeles, su esposa de usté, aquella santa que intervino y medió para evitar que tanto usté como el marido descubrieran nuestro secreto.

BART. ¿Eh? ¿Entonces la madre no fué mi... fué la...? ¿Fué mi hermana?

D. AUR. (*Ofreciéndole miedosamente los papeles.*) Aquí están las pruebas...

D. LUIS. Sí, hombre; aquí están las pruebas. (*Miedosamente coge los papeles y se los da a Bartolo.*)

BARTOLI. (¡No es mi padre...! La plancha ha sido como para ponerle un techo al mar... Y lo peor es que soy sietemesino.)

BART. (*Que ha leído una de las cartas, se acerca a Bartolillo y le da una bofetada que lo aturde.*) ¡La que te debía!

BARTOLI. ¡¡Padre!!

D. LUIS (¡Qué bruto!)

D. AUR. (¡Qué fiera!) (*Se le cae el revólver que tenía en la mano.*)

BART. Para que te rías de Mandinga.

D. AUR. (*A Luis, miedosísimo.*) A ver si lo templas un poco, Luis; por la salú de tu madre.

D. LUIS (*Acercándose a Bartolo, que sigue leyendo.*) Como verá usté, amigo Campolerdo, el asunto varía muchísimo; porque no habiendo sido el devaneo con su esposa...

BART. Varía, sí... ¡Varía para mi condenación!

D. LUIS ¿Eh?

BART. Nunca me perdonaré el haber dudado de mi santa esposa... ¡Nunca...! (*Desesperado.*) ¡¡Y a quien haya tenido la culpa...!! ¡¡Aaaah...!!!

D. AUR. ¡Ay!

D. LUIS ¡Caramba!

BART. En cuanto a la mancha a mi buen nombre, es peor aún que la falta la cometiera mi hermana.

D. LUIS Hombre...

BART. Sí; porque Angela no era Campolerdo y Reguzmán, como Mariana... Angela no llevaba en sus venas sangre de Mandinga.

D. LUIS Bueno, pero...

BART. ¡Ah! Pero no hay que volver a hablar de esto. No quiero que la mancha se extienda... En nuestras futuras conversaciones nadie volverá a pronunciar el nombre de mi hermana.

D. AUR. ¡¡Nadie!!

D. LUIS ¡Como si no hubiera existido!

BART. ¡Eso! (*Saca el guante y lo prepara.*)

D. LUIS (*Respirando tranquilo.*) Es usté un hombre de talento.

D. AUR. (*Idem.*) De talento y de corazón. (*Pausa.*)

D. LUIS Ya está más tranquilo, Aurelio.

D. AUR. ¡Gracias a Dios!

BART. Ahora le provocaré apelando a... Sí. ¿Le gusta a usté Pirandello?

D. AUR. No me tome usté el pelo.

BART. (No es por ahí.) (*A Luis.*) Creo que sostiene usté que el número trece es negro. Y yo he visto muchas ruletas y sé positivamente que el trece es rojo.

D. AUR. Lo que usté quiera.

BART. (*Exasperándose.*) No, lo que yo quiera no... Eso no es discutir; así no puede ser.

D. AUR. ¿Pero...?

BART. Yo necesito que usté me diga que el trece es negro.

D. AUR. Sí señor, y es negro, porque precisamente es negro. Recuerdo que cuando yo era muchacho perdí en San Sebastián al número trece cuanto tenía, y los amigos, para que me volviera a Sevilla, me echaron un guante.

BART. ¿Y era negro?

D. AURE. ¿El guante?

BART. El trece.

D. AURE. Claro.

BART. Pues ahí va otro guante. (*Le arroja el de lana.*) ¡¡Es rojo!!

D. AUR. (*Por el guante.*) ¿Este?

BART. ¡El trece...! Y como no tolero que nadie me dé lecciones, espero la visita de sus amigos.

D. LUIS ¿Un duelo?

BART. Mañana.

BARTOLI. El duelo será aquí, dentro de un rato; en cuanto que yo le parta el corasón. Yo necesito demostrar que, aunque sietemesino, no se me pone nada por delante. (*Saca una navaja.*) ¡Defiéndase usté!

D. AUR. (*Asustadísimo.*) ¡Luis!

D. LUIS (*Idem.*) ¡Muchacho!

BART. (*Idem.*) ¡Hijo!

BARTOLI. ¡Defiéndase usté!

SOLE. (*Entrando en escena, seguida de Placida.*) ¡Bartolo, que es tu padre!

PLAC. ¡Que es tu padre!

BARTOLI. (*Furioso.*) ¡No es mi padre, no! ¡Nos hemos colao!

PLAC. (*A Bartolo.*) ¿Que no?

BART. No; ¡es padre de Mariquilla!

PLAC. (*Rechazando violentamente a D. Aurelio, que se había abrazado a ella.*) ¡Ah! ¡Entonces esto varía muchísimo...!

BARTOLI. Claro que varía. (*Queriendo lanzarse sobre don Aurelio.*) Apártese usté.

PLAC. (*Como protegiendo a don Aurelio.*) ¡Quieto,

mardita sea mi sangre y mi vida y mi corasón! A usté ese hombre no le importa ná... ni esta mujer tampoco (*Por Soledad.*), porque después de haberla engañao y haberla robao... (*Quitándole la navaja de un tirón.*) ¡Suerte usté esa navaja, mardita sea su tipo de usté...! Mi hija anda en lenguas de la gente por causa de este hombre, que s'ha creio que porque tiene dinero, tiene derecho a tó (*Por D. Aurelio*), y este hombre se casa con ella por ensima der muñeco de la Girarda.

SOLE. ¡Madre!

PLAC. (*En el centro de la escena, con la navaja en la mano, furiosa e inspirando a todos verdadero terror.*) ¡Lo digo yo...! ¡¡Yo...!! Y yo le pego una puñalá a quien diga que no... Aunque seas tú. ¿Quién me dise que no...? ¡¡A ver, uno que conteste...! (*Como loca, muerde el mantón.*)

D. AUR. ¡Luis...!

D. LUIS. ¡Aurelio...!

PLAC. Yo soy una señora, muy señora, y a mí... ¡¡a ver uno...!!

SOLE. (*Sin atreverse a acercarse a ella.*) ¡Por Dios, madre...!

MARI. (*Llamando dentro.*) ¡Tío Bartolo!

BART. ¡La de mi deshonra!

TODOS. ¿Eh?

BART. (*A D. Aurelio.*) ¡Ahí viene ella...! La hija de Mariana, su hija de usté, mal caballero.

D. AUR. ¿Mi hija? ¿Eh? ¡Ay! ¡¡Mi hija!!

D. LUIS. No tengas miedo. (*Muy sinceramente, aunque con mucho miedo.*)

D. AUR. ¿Quién, yo miedo? No; yo no tengo miedo. (*A Placida, por la navaja.*) ¡Cierre usté eso, señora...! ¿Tengo yo miedo? Perdonadme todos. Yo les daré a ustedes lo que quieran. ¡Lo juro! El que quiera dinero, tendrá dinero; la que quiera mi mano, tendrá mi mano; el que quiera mi vida, tendrá mi vida; pero dejadme ahora, por Dios. ¡Dejad que abrace a mi hija de mi alma...!

D. LUIS (*Abriendo la puerta que conduce a las oficinas.*) ¡Dejarlo solo, hombre, dejarlo solo! ¡Es un padre ..! Tiene derecho. (*Obligándolos a entrar en las oficinas. A Bartolillo.*) Habrá dinero. (*A Bartolo.*) Tendrá usté su vida... (*A Soledad.*) Se casará usté con él...

SOLE. ¡Yo, no!

PLÁC. O yo. ¡Si es lo mismo!

D. LUIS. Sí, igual dá... ¡Dejarlo solo!

MARI. (*Dentro, como antes.*) ¡Tío Bartolo...!

D. AUR. *Emocionadísimo, casi balbuciente.*) Con tantas emociones casi no puedo... (*Se apoya en la pared, junto a la puerta de la derecha, dejando expedita la entrada.*)

D. LUIS (*Haciendo mutis por la puerta de la oficina y cerrando la puerta tras sí.*) ¡Qué final de película...! ¡Qué grande eres! (*Vase.*)

MARI. (*Entrando en escena por la derecha.*) Tío Bartolo...

D. AUR. (*Abrazándola.*) ¡¡Tú...!! ¡¡¡Tú...!!!

MARI. ¡¡Ay...! ¡Suélteme usté...! ¡¡Suélteme usté, que grito...!!

D. AUR. (*Sin soltarla.*) ¡Oyeme, escúchame...! ¡Por Dios...!

MARI. ¡¡Que haga usté er favó de no parchearme...!!

D. AUR. ¡¡Calla...! (*Casi llorando.*) ¡Te abrazo porque puedo abrazarte!

MARI. ¡Suélteme usté...!

D. AUR. ¡Espera... aguarda... la emoción no me deja...!

SOLE. (*Sacando la cabeza por una ventanilla.*) ¡Déjalo que te abrace, Mariquilla...!

PLACI. (*Por otra ventanilla.*) ¡Puede abrazarte...!

BARTOLI. (*Por otra.*) ¡Puede abrazarte...!

BART. (*Asomando la cabeza por otra ventanilla.*) ¡Tiene derecho a abrazarte!

MARI. (*Dejándose abrazar.*) ¿Pero...?

D. AUR. (*Lloroso.*) ¡Puedo abrazarte, sí...!

MARI. ¿Puede abrazarme?

BART.
BARTOLI.
PLÁC.
SOLE.
(*Conmovidos.*) ¡Puede abrazarte!

D. AURE. Sí, hija mía, sí... ¡Soy tu padre...!

MARI. ¡¡Dios mio!! (*Mira a las ventanillas, y Bartolo, Bartolillo, Plácida y Soledad, asienten al mismo tiempo.*) ¡Yo con un padre rico...! ¡Se acabaron los jerseys...! ¡¡Padre!!

D. AUR. ¡¡Hija mía..!! (*Se abrazan nuevamente.*)

LUCIA. (*Entrando en escena por la derecha.*) Escucha, Mariquilla, ¿qué haces, qué...? (*Al verlos abrazados.*) ¡¡¡Ah...!!! ¡¡¡Tú...!!!

MARI. ¡Luciano!

LUCIA. ¿Tú así?

MARI. (*Dignísima.*) ¡Nos abrazamos porque podemos abrazarnos!

LUCIA. ¡Ya lo veo, sinvergüenza!

MARI. ¡¡¡Luciano!!! ¿Qué es lo que te figuras?

LUCIA. ¡Sinvergüenza!

MARI. ¿Es que dudas de mi? ¡Pues hemos terminao pá siempre! (*Jurándoselas.*) ¡Por éstas! ¡Vete! ¡¡Vete...!!!

D. AUR. ¡Hija mia...!

MARI. (*A Luciano.*) ¡Es mi padre! ¿Verdá que es mi padre?

LUCIA. ¿Tu padre?

BART.
BARTOLI.
PLAC.
SOLE. } ¡Su padre!

LUCIA. (*Viéndolos a todos.*) ¡Mi suegro!

MARI. ¡Sí, sí, tu suegro...! ¡Que te limpies! (*Echándole los brazos al cuello a D. Aurelio.*) ¡¡¡Papá!!!

D. AUR. ¡Hija mía de mi alma!

LUCIA. ¡Es su padre!

TODOS ¡Su padre! (*Telón.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Modestísima habitación en casa de Plácida. A la derecha, puerta de entrada; en el foro, un balcón que da a la calle, y a la izquierda, puertas que conducen a otras habitaciones. Es de día.

(*Están en escena, PLACIDA, sentada en una sillita, cosiendo; SOLEDAD, planchando sobre una tabla colocada entre dos sillas, y BARTOLO, de pie ante una pequeña mesa-camilla, pintando un rótulo en una cartulina.*)

BART. ¿Para dónde dijo usté que era esta cartulina?

PLÁC. (*A Soledad.*) ¿Para dónde era, tú?

SOLE. No sé... (*Hace memoria.*) ¿Pá dónde era...?

BART. Lo digo porque si el anuncio es para una tienda céntrica nos hemos jorobao. Me ha caído un borrón que es el bonete de un cura.

SOLE. Pues no se preocupe usté, que el anuncio es pá una huevería del Postigo.

BART. Menos mal. ¡Me vuelve el alma al cuerpo! No hay ná perdío. (*Leyendo.*) «Han bajado los güevos...» ¡Ya está! Como la gente que vive

en el barrio del Postigo no sabe ortografía, aprovecharé el borrón y pondré buevos con «b», que es como ellos lo pronuncian.

PLÁC. Tiene usté salía pá tó.

BART. Hay que aguzar el ingenio, sí, señora, que la cartulina está muy cara y esto es lo que nos da de comer.

PLÁC. A cuarquiera que se le diga que usté, que no tiene ni ha tenío nunca donde caerse muerto, se ha echao ensima esta carga de familia...

BART. Era mi deber, Plácida; mi hijo había robado a ustedes; por causa de mi hijo había perdido Soledad su colocación... ¡Era mi deber...! ¿Qué menos podía hacer yo que abrir a ustedes mis brazos protectores?

SOLE. ¡Cuándo se lo podremos pagar...!

BART. ¿Quieres callarte, muñeca? Si ustedes son mi buena suerte. Lo que he hecho me lo está pagando Dios y bien pagao, porque desde que soy cabesa de familia de ustedes, que no me tocáis ná, me ha abierto camino, y aunque eso de pintá rótulos pá las tiendas no es pa echá coche, se va viviendo y se va comiendo caliente, que es lo importante. Cuando yo era cabesa de familia de los míos, no salíamos de comé pan con aseite por la mañana y glorias por la noche.

SOLE. ¡Ay! ¿Qué son glorias, don Bartolo?

BART. ¡Bendito sea Dios, mujé! ¿No sabes tú lo que son glorias? Pues un postre como pá chuparse los deos. El plato de durse de los pobres... ¡Pan migao en agua con asúcar!

SOLE. ¿Nada más?

BART. Hombre, algunos ansiosos le añaden un poquito más de agua para que cunda... Pero eso ya son refinamientos culinarios. (*Rien.*) ¡El hambre que yo he pasao...! ¡Y el hambre que me queda que pasar...!

PLÁC. No diga usté eso.

SOLE. Yo que usted aceptaba algo de Mariquilla, de su sobrina, porque estando ella en las opulensias...

BART. Hasé er favó de no mentarmela. No es que yo no la quiera, que ar fin y ar cabo ella no tiene la curpa de ir por ahí como va. Ayer la vi en un Citroen, acompañada de... su señor padre... ¡Y cómo iba! Con un traje de seda, que se le hinchaba con el viento; con un sombrero que se lo iba sujetando así con la mano, porque se le volaba, y la otra mano, así extendida, agarrándose ar pescante... ¡Qué ojos más espantaos llevaba la pobre! Y es que en cuanto se sube en algún coche se marea.

SOLE. Ya se acostumbrará.

BART. Claro que ella ha hecho su suerte, y yo me alegro. Por eso cuando él me dijo que no quería batirse, le perdoné la vida a ese canalla... Pero de eso a que yo admita de ella ni la punta de un arfilé... ¡Primero me matan! Mariquilla es un injerto en mi árbol genealógico y... ¡no! ¡Injertos, no...! (*Volviendo el letrero que será bastante grande y mostrándolo.*) Bueno, esto de los «buevos» ya está. (*El anuncio, que será bastante grande, dirá lo siguiente: «AM BAJADO LOS BUEVOS».*)

SOLE. (¡Jesús!)

BART. Me asaltó la duda de si esta eme debía ser ene, pero luego recordé la regla de que delante de la be la ene es siempre eme.

SOLE. Sí, señor, sí...

LUCIA. (*Por la derecha. Trae una guitarra.*)¿Se puede?

BART. Hola, muchacho.

LUCIA. Buenas tardes.

PLÁC. Buenas.

SOLE. ¿Qué hay, hombre?

LUCIA. (*Sentándose.*) ¿Qué va a habé? Lo de tós los días. Er corasón que lo tengo destrosao. ¡Ayé la vi en coche! ¡Provocando iba!

BART. No me extraña. ¡La pobre!

PLÁC. Claro, sí se marea...

LUCIA. Digo provocando de guapa y bien puesta. No le aticé un guitarraso porque ésta es por ahora mi talismán.

BART. Qué, ¿te vas defendiendo?

LUCIA. Hombre, argo se saca. Ahora hay aquí muchos ingleses de los Estados Unidos, por mó de ese barco que ha llegao no sé de aonde la semana pasá, y como en toas partes les organisan juergas pá enseñarles lo típico, pues tienen que echá mano de tós los que tocamos arguna cosa, y llueve pá tós. Pero lo de menos es el parné que gano; lo que me alivia la pena es que cuando bebo orvío, y cuando agarro ésta y canto mis pesadumbres se me descarga er corasón. ¡Las coplas que tengo yo inventás acordándome de ella...! Ar vení pá acá he hecho una:

«¡Tanto que la quise yo,
y ayé la vi de vení
en un artomóvi Fó,
y no me jiso ni así.»

(*Saludo con la mano.*)

PLÁC. Mú sentía.

LUCIA. Sentía, sentía, ésta:

«¡No hay pena como mi pena.
Primero me despresió
y aluego m'ha atropellao
con un artomóvi Fó.»

BART. ¿Otra vez Fó, hombre? Te advierto que el automóvil de Mariquilla es un Citroen.

LUCIA. Sí, señó, ya lo sé; pero cualquiera le busca er consonante ar Citroen. En fin, hablemos de otra cosa. A lo que vengo, vengo. Ya sabe usté que en las reuniones donde yo voy se habla de negocios y siempre salen cosillas pá ganarse unos duros. Pero como yo ahora tengo bastante con lo mío, he subido a proporcionarle a usté un asuntillo.

PLÁC. ¿Qué...?

SOLE. A ver, a ver...

BART. Siendo honesto y decente, cualquiera es bueno.

LUCIA. Allá va. Se trata de corré unas alhajas de una tal Consuelo, cantaora, que las dá por la tercera parte de su presio. Hay una comisión y tó lo que se pueda sacá sobre lo tasao. Puede usté recogé las alhajas.

BART. ¡Nunca...! ¡Se me mancharían las manos!, y yo no me he manchado las manos jamás. Eso es un robo por donde lo mires.

SOLE. ¡Don Bartolo...!

PLAC. Yo creo don Bartolo que...

BART. (*Enérgico.*) ¡Un robo...!

LUCIA. (¡Aprieta!)

BART. A sabé, pon que las alhajas costaron veinte mil pesetas y el joyero se ganó mil quinientas. Son mil quinientas de más. Ahora las venden por siete mil pesetas. Se dejan robar trece mil. Trece mil y mil quinientas son catorce mil quinientas. El que las compra da un regalo de cien: Catorce mil seiscientas. La cantaora da de comisión quinientas, son quince mil cien. Y si el corredor las vende en doce mil pesetas, como no tiene que dar a la cantaora ná más que siete mil, se queda con cinco mil. Quince mil cien de antes y cinco mil más que roba, son veinte mil cien pesetas. Es decir, que costaron veinte mil y entre unas y otras cosas roban unos o se dejan robar otros veinte mil cien. Lo que valen y veinte duros más. ¡Si! Hablemos de otra cosa.

LUCIA. Como usté guste.

BART. (*Entregándole la cartulina a Soledad.*) Anda, pon esto a que se acabe de secar.

SOLE. Sí, señó. De paso traeré más ropa.(*Vase por la izquierda, llevándose la cartulina.*)

BART. Si, Lucianito, sí: como gracias a Dios, Dios es bueno, ahora este trabajo de los rótulos me produce lo suficiente para mantener a estas dos pobres mujeres e ir tirando. Pero aunque me estuviese muriendo de hambre. ¡Ya me conoces!

LUCIA. Si, señó.

BART. Por cierto que hay que comprar más cartulina. Con dos pesetas hay bastante. Voy por ella, y con eso estiro las piernas un poco. (*A Plácida.*) Venga la pasta.

PLÁC. (*Entregándole una moneda.*) Tome usté.

BART. (*A Luciano.*) Es mi administradora, ella se encarga de correr los establecimientos y de buscarme trabajo, y luego ella lleva los rótulos, los cobra, etcétera, etcétera.

LUCIA. Eso está muy bien.

BART. Si, para mí era un poco mortificante el ir de tienda en tienda .. ¡Un Campolerdo...! En fin, hasta luego. En seguida estoy aquí. (*Vase por la derecha.*)

LUCIA. ¡Qué hombre!

PLAC. (*Un poco angustiada.*) ¿Qué, Luciano? ¿Qué le han dicho a usté?

LUCIA. (*Sacando del bolsillo una miniatura y dándosela a Plácida.*) Que por esto no dan ná, señora; que ni la pintura es antigua ni el serco es de plata.

PLAC. ¡Válgame Dios! No sé qué va a ser de nosotras.

LUCIA. ¿Pero me quiere usté desí qué sirnifica esto, Plásida?

PLÁC. ¿Pero no lo adivina usté? Que tenemos engañao a ese hombre, que es un santo. Que él se cree que paga esta casa y nos mantiene con su trabajo... (*Con pena*), ¡y es mentira! Somos nosotras, soy yo la que lo mantengo a él.

LUCIA. ¿Cómo? ¿Pero por qué?

PLAC. (*Enérgica.*) ¡Porque me dá la realísima gana y quiero! Pues no fartaría más sino que viniera usté aquí a preguntarme a mí, en mi casa...

LUCIA. Señora, no se ponga usté así, caray.

PLÁC. Es que creí que le parecía a usté mal...

LUCIA. A mí ni bien ni mal. Pero, vamos, se me hace raro... ¿No gana él lo suficiente con los rótulos...?

PLÁC. Ni una gorda. Yo le digo que me encargan los letreros, él los pinta y yo los guardo. Un baú tengo atestao de cartulinas. No encontré otro medio de ampararlo pá que no se muriera como un perro en la calle. Y por eso vive en mi casa y con nosotras: porque cree que la casa la paga él y que nosotras vivimos a su costa.

LUCIA. No me haga usté un lío, Plásida, que... Porque, claro, si usté... no... Mejor dicho si él ... Porque, vaya, esto no se hase sin... Bueno, las cosas claras, y usté perdone la indiscreción: ¿es que está usté enamorá de él?

PLÁC. ¿Yo...? ¡Mardita sea su cara de usté...! ¿Eso me lo pregunta usté a mí con segunda? Porque yo le parto a usté la guitarra en la cabesa.

LUCIA. ¡Señora!

PLÁC. Eso, señora y muy señora. Y de mí no se chunguea usté ni su madre de usté.

LUCIA. Perdone usté, Plácida; pero, vamos, yo lo desía, porque... ¿tiene argo de particulá? ¿No es él viudo? ¿No es usté una mujé de buen vé y con un corasón como un quiosco de grande?

PLÁC. Sí, Luciano, sí. (*Muy apenada.*) ¿pero de qué

me sirve todo eso? Veo muy negro el porvení. No tengo ya recursos; estos sarsillos es lo último que me queda de argún való. Dentro de unos días, como no empeñe el resuello... ¡Y cuando ese pobre hombre se entere.. ! (*Furiosa.*) ¡Mardita sea...!

LUCIA. Vamos, Plácida.

PLÁC. Sí, vamos a dejá esto porque me estoy poniendo así... un poco así, y estoy viendo que se la vá usté a ganá.

LUCIA. (*Pretendiendo calmarla.*) Señá Plásida...

PLÁC. (*Deshaciendo su tempestad nerviosa, en un mar de lágrimas.*) ¡Luciano...! ¡Qué desgrasiada soy...! ¡Lo que yo era...! ¡Er genio que yo tenía...! ¡No valgo dos perras gordas...! A mi edad... ese hombre... ¡ese medio kilo de hombre...! Porque yo no sé de qué... ¡Es que no lo sé! ¿Que es bueno? Bueno, ¿y qué que sea bueno? Pero ni es un buen mozo, ni guapo, ni sirve pá ná, ni sabe hasé ná, ni a mí me toca ná... (*Transición.*) ¡Y él que se atreva, que de un guantaso lo hago serrín! ¡Yo soy una señora muy señora... y si lo quiero, es porque me dá la realísima gana! Y si usté se cree que yo y ese hombre tenemos que vé ni er canto de esta uña, yo me lo sarto a usté, y a tóa su familia de usté puestos en fila. Yo tendré mis defertos, pero soy una señora que cuando se le toca al honó, sarta. ¿Se entera usté? ¡Ah! Creí. (*Transición. Llorando.*) Es que me da pena, es que me da lástima, es que es bueno, es que lo veo y se me... y me se... ¡¡y me da la realísima ga-

na...!! Yo no sé lo que va a ser de nosotras, Luciano. ¡Qué locura es esta que a mí m'ha entrao! ¡Que desgracia tan grande la mía...! (*Llora a moco tendido.*)

SOLE. (*Dentro.*) ¡Madre...!

PLÁC. (*Rapida transición. Muy entera.*) Voy. (*Vase por la izquierda.*)

LUCI. ¡Señores, qué cosas...! Y don Bartolo pinta que pinta rétulos, que ya desía yo que no podían servi, porque el otro día en el anuncio de los vinos, que ponía entre grandes armirasiones: «¡¡Montilla, caja, veinte pesetas!!», lo había escrito de una manera que resurtaba feísimo. (*Ha desenfundado la guitarra.*) Le voy a poné la cejuela...

SOLE. (*Con Plácida. Traen un cesto de ropa blanca para plancharla.*) Entre las dos la plancharemos.

PLÁC. Quita, que tú no tienes costumbre... Además, que hasta er sábado no hay que entregarla en el hoté.

SOLE. Pues por lo mismo; déjeme usté segui, que no estoy cansá.

LUCIA. (*Que está templando la guitarra.*) Déjela usté, señora, que ella es joven.

PLÁC. ¿Y yo no, so tío mandria?

LUCIA. Y usté también; no la he querio fartá. (*Rasgueando la guitarra cómicamente, como si se acompañara lo que dice.*) Usté es joven...(*Nuevos rasgueos*), y guapa...(*Más rasgueo.*) y olé ya las mujeres...

PLAC. (*Furiosa, tirándole un agarrador de plancha,*

que es lo que tiene más a mano.) ¡Mardita sea mi corasón. . Chungueo no, porque le tiro a usté una plancha.

LUCIA. ¡Señora...!

SOLE. ¡Pero mamá!

PLAC. ¡A mi no me dise usté las cosas con música, porque yo no soy ninguna sarsuela!

BARTOLI. (*En la puerta de la derecha. Viene muy pálido y un tanto derrotado.*) ¿Se puede...?

LUCIA. ¿Eh...?

PLAC. ¿Quién...?

SOLE. ¡¡Tú...!! (*Breve pausa.*)

PLAC. (*Cogiendo una silla para tirársela.*) ¡Sinvergüensa...!

SOLE. (*Interponiéndose.*) ¡Madre!

BARTOLI. (*Resignado.*)Déjala, Soledá;tiene rasón pá hasé conmigo lo que quiera. ¡Ojalá me diera un gorpe que fuera el último!

PLÁC. ¡El último no sé, pero el primero no te lo quita nadie, grandísimo ladrón!

LUCIA. (*Sujetándola.*) Vamos, Plácida, no sea usté así; aunque él sea un ladrón y un sinvergüensa muy grande, que lo es, las cosas no puén desirse tan a las claras.

PLÁC. ¿Me quieres desi a lo que vienes?

BARTOLI. (*Resignado, pero dolido.*) Me tutea usté...

PLÁC. Sí, te tuteo, te tuteo; canalla, bandido. ¿Qué pasa?

BARTOLI. Aguardaba insultos y golpes; pero la grave ofensa de que usté me tuteara por desprecio, no la aguardaba.

PLÁC. Pues te digo tú, tú, tú... Y vas a desirme tú, tú, tú, a qué vienes a esta casa.

BARTOLI. Vengo a que me vean ustedes morí.

LUCIA. ¿Eh?

SOLE. ¡Dios mío...!

PLÁC. ¿Qué...?

LUCIA. (*Abalanzándose a él y registrándole los bolsillos.*) ¡¡Bartolo...!!

BARTOLI. No, no traigo arma ninguna.

LUCIA. Entonces, ¿es que has bebío argún veneno...?

SOLE. (*Horrorizada.*) ¡Ay!

BARTOLI. Tampoco. No es por ahí, Lusiano.

LUCIA. ¿Pues qué tienes entonses pá diñarla, Bartolo?

BARTOLI. Un hambre que me muero.

PLAC. ¡Miá por dónde sale...!

BARTOLI. Llevo dos días sin probá bocao... Han principiao ya a darme güertas las personas y los orjetos; ha llegao la hora de perdé er conocimiento, y mejor que caerme redondo en la calle, he querido caerme aquí y morírme aquí.

PLAC. Siempre haciéndonos favores.

BARTOLI. Puede que a pesá de tó lo malo que he hecho no falte aquí una manoc ariñosa que me cierre los ojos.

PLÁC. Sí; puede que esta tonta, retonta...

BARTOLI. No; no lo digo por ella. Lo digo por usté, que es la que tiene en esta casa el corasón marnánimo.

PLÁC. ¿Yo, grandísimo júa?

BARTOLI. Usté que es una santa.

PLÁC. (*Furiosa.*) ¿Pero qué dise este sinvergüensa, mardita sea su cara ladrona...?

BARTOLI. Que es usté una santa, Plácida; que sé lo que está usté hasiendo con mi padre; el bendito

engaño de que se vale usté pá que él aserte el pedaso de pan que usté le regala...

PLÁC. (*Entre dientes, muy rabiosa.*) Cobéro, canalla, sinvergüensa...

BARTOLI. Que sé que es usté su ángel bueno, y como en esta vida todo se hase por algo, y yo, aunque estoy muy débil, discurro todavía, le pido a Dios con todas las veras de mi alma que ilumine a mi padre para que se haga cargo de que también en las bajas capas sociales pueden los nobles encontrar nobleza... y ya que no pueda llamarla madre, porque...(*Mirando a Soledad que le vuelve la espalda.*) Dios no quiere que sea su yerno, ojalá pueda llamarla algún día madre, porque quiera Dios que sea su hijastro.

LUCIA. (*Al ver la cara de pantera que pone Plácida.*) (¡Camará!)

SOLE. (*Idem.*) (¡Jesús!)

PLÁC. (*Quitándole la plancha a Soledad y dandole un empujón.*) ¡Suelta!

SOLE. (*Aterrada.*) ¡Dios mio!

PLÁC. (*Se acerca la plancha a la cara para ver si está muy caliente, comienza a planchar a grandes porrazos y dice al fin con voz velada por la emoción.*) Sácale una tasa de caldo y una copa de vino pá que se le vaya hasiendo el estómago... (*Luciano rasguea fuertemente la guitarra, y Plácida le tira el agarrador nuevamente.*) ¡Mardita sea...! (*Vase Soledad por la izquierda.*)

LUCIA. Chavó, Plásida, que la tiene usté tomá conmigo.

PLÁC. Usté s'ha empeñao en que yo le tire la plancha

y se la voy a tirá. Yo hago en mi casa lo que me da la gana, ¿usté se entera? ¡Lo que me da la realísima gana! *(Por Bartolillo.)* Yo no sé quién es ese hombre, ni lo que me ha dicho, ni me importa. Es un pobre desfallecido que pide a mi puerta, y yo lo socorro porque quiero. ¡Ya está!

BARTOLI. (*Conmovido.*) ¡Que Dios le pague el favó, Plásida!

PLÁC. (*Despectivamente.*) ¡Ah...!

BARTOLI. ¡Que Dios se lo pague!

PLÁC. Siéntate ahí, junto a la mesa.

BARTOLI. Muchas gracias. (*Lo hace.*)

PLÁC. ¡Y aquí has hablao ya tó lo que tenías que hablá!

BARTOLI. Sí, señora.

PLÁC. ¡Y te tuteo porque me da la gana!

BARTOLI. Sí, señora.

PLÁC. (*Que no sabe ya qué decir.*) ¡Y... bueno está!

BARTOLI. Sí, señora.

SOLE. *(Por la izquierda. Trae en una pequeña bandeja la taza de caldo, la copa de vino y unas galletas. A Placida, con cierto temor.)* Habia allí unas galletas...

PLÁC. (*Secamente.*) Bueno. (*Soledad pone el servicio sobre la mesa, cerca de Bartolillo.*)

BARTOLI. (*Suplicante, a media voz.*) ¡Soledá...! (*Soledad, sin contestarle ni mirarle, se separa de él y comienza a preparar la ropa que ha de planchar Plácida. Bartolillo, desesperado, paga su rabia con las galletas y se las come maldiciendo como si ellas tuvieran la culpa. Se ve que tiene hambre de dos días.*)

LUCIA. (*Viéndole comer.*) Lo que dise er fandanguillo:

«El hambre lo iguala tó,
y un marqués con apetito
es iguá que un cavaó.»

PLÁC. (*De muy mal talante.*) Usté a lo suyo, Lusiano.

LUCIA. Sí, señora, y si usté no lo tomara a mal ensayaría yo una cosilla que m'ha enseñao er «Niño de la Gibia» y que me parese a mí que le va a gustá a los ingleses.

PLÁC. Haz lo que quieras.

LUCIA. Bueno, pero no me tire usté ná... (*Toca y canta lo que guste, si sabe hacerlo. Cuando termina, Bartolillo, con la copa de vino en la mano, le jalea diciendo «¡Grasioso...!» Plácida grita «Olé los niños», y Soledad «Manitas divinas...» En ese momento entra en escena por la derecha Bartolo. Al verle, quedan todos de una pieza. Bartolo trae un gran rollo de cartulina, de mas de un metro de largo y como de una cuarta de diametro. El rollo no viene envuelto, sino atado en su centro por una cuerda.*)

BART. (*Estupefacto.*) ¿Eh? ¿Qué juerga es esta en mi casa...? (*Al ver a Bartolillo.*) ¿Tú...? ¡¡Tú...!! ¡Tú aquí y bebiendo vino!

BARTOLI. (*Sin levantarse.*) ¡Padre...!

BART. ¡Calla...!

PLAC. Yo le diré...

BART. ¡Basta!

LUCIA. Es que él...

BART. ¡Silencio...!

SOLE. Pero sí...

BART. ¡¡A callar...!! ¡El mal hijo...! (*Coloca el rollo*

de cartulina sobre la mesa-camilla y se sienta junto a ella, al lado opuesto de Bartolillo. Queda, pues el rollo, como un tunel o un gran tubo acústico entre Bartolo y Bartolillo.)

BARTOLI. (*Hablando por el rollo.*) ¡Padre...!

BART. (*Sin mirarle.*) Me molesta hasta tu voz.

BARTOLI. (*Por el tubo.*) Padre, he venido a esta casa hambriento y destrosado como el hijo pródigo... Recuerde usté que en honor del hijo pródigo sacrificó su padre el mejor de sus cabritos.

BART. (*Por el rollo.*) Aquí no hay más que un carnero, y este carnero no está dispuesto a sacrificarse más por tí, hijo mio.

BARTOLI. ¡Padre...!

BART. Vete. Tú aquí no pintas nada.

BARTOLI. Ya sé que el que pinta es usté.

BART. Por eso te digo que te vayas.

BARTOLI. Pero...

BART. ¿Pero tú te das cuenta de dónde estás? ¿No recuerdas que por tu culpa están esas mujeres en la miseria...? ¿No sabes que por tu culpa perdió Soledad el empleo que tenía?

BARTOLI. ¿Por mi culpa?

BART. ¿No juraste que si ella volvía a la oficina le pegabas un tiro a Don Aurelio?

BARTOLI. El tiro que debió pegarle usté.

LUCIA. ¡El tiro que debí pegarle yo!

BARTOLI. ¡El tiro que me den, mardita sea mi vida arrastrá, que esto es no viví! ¡Queré sin esperansas...! ¡Viví sin el caló de nadie...! (*Resuelto.*) Ahora, que esto s'ha acabao. He echao una is-

tansia a la Compañía Seviliana de vapores, y dentro de unos días embarcaré en uno de los Cabos, creo que en er Cabo Esparter y no me veréis más. Cruzaré el mar, pondré el pié en América...

BART. (*Por el rollo.*) Adiós, Colón.

BARTOLI. ¿Eh?

BART. Que no te creo.

BARTOLI. Le aseguro a usté, padre...

BART. No te canses; si al fin y al cabo vas al Cabo, te creeré.

BARTOLI. (*Levantándose.*) Yo le juro a todos... ¡¡a todos...!!, que no soy el mismo. Estos golpes me han hecho cambiar. De aquel Bartolillo vago, visioso, sinvergüensa, no queda ya ni el recuerdo. (*Tristemente y guardándose las galletas que han sobrado.*) ¡Soy otro muy distinto...! (*Placida, planchando nerviosísima, da fuertes y repetidos golpes.*) ¡Ni sombra queda de lo que fuí...! ¡Son ya muchos golpes...!

PLAC. (*Saltando.*) ¡Dale gracias a Dios de que no te los doy en la cabesa, grandísimo embustero...! Porque eso de la istansia es mentira.

BARTOLI. ¡Plásida! Que soy un caballero.

PLAC. ¡Mentira, rementira...! Fué a mí a quien se le ocurrió que debía embarcarse; ¡a mí! Y como yo tengo influjo en la compañía, pues hablé con ellos y lo armitieron, pá que lo sepan ustedes, ¡lo armitieron! Y cuando lo buscaron y le hablaron pá que se embarcara, ¿saben ustedes lo que contestó, mardita sea su cara ladrona? «Que a él, el agua templada y en un barreño y

que la marina le gustaba cuando la cantaban bien.» (*Bartolillo baja la cabeza avergonzado y Luciano rompe a reir.*) ¿Eh? ¿Pero es que se va usté a reí, so tío leñe?

LUCIA. (*Un poco asustado.*) ¡Caray, señora...!

PLAC. ¿Es que se va usté a pitorreá, mardita sean los arcausiles? (*Se contiene al ver que por la puerta de la derecha asoma un bastón, que tiene atado a la punta un pañuelo blanco.*) ¿Eh...? Malas puñalás me den. ¿Pero quién se viene con la chunga del pañolito?

BART. (*Levantándose.*) ¿Quién flamea en la puerta...?

D. LUIS (*Asomando la cabeza.*) ¿Puede pasar un amigo que lo es, aunque haiga quien no lo crea?

LUCIA. ¡El frescales...!

SOLE. ¡El bandido...!

PLÁC. ¡El canalla!

BARTOLI. ¡El sinvergüensa!

D. LUIS Veo que me recuerdan ustedes...Buenas tardes.

BARTOLI. (*Amenazador.*) ¿Pero se atreve usté a entrar aquí, so tío sínico?

LUCIA. ¡Dale ahí duro!

BART. (*Imponiéndose.*) ¡¡Quietos!!

D. LUIS Señores, bandera de paz traigo, entre cristianos estoy y en la casa de un noble caballero me entro. Un noble caballero que tiene en su escudo un clarinete.

BART. (*Enérgico.*) ¡¡Una flauta!!

D. LUIS Perdone; yo creí que aquello de la toma de Jerez había sido un clarinete.

BART. ¡No, señor!

D. LUIS ¡Ah, sí! Lo del clarinete no fué en la toma de Jerez, fué en la «Marcha de Cádiz».

BART. (*Lívido.*) ¡¡Señor mío!!

D. LUIS No hay que tomarlo a mala parte, don Bartolo. Yo lo que quiero desí es que estoy en casa de un caballero, y los caballeros, cuando lo son, saben cumplí sus deberes de hospitalidá.

BARTOLI. ¡Mardita sea!

BART. Este caballero, que lo es, sabe cuál es su obligasión y, aunque con repugnansia, le invita a pasar...

D. LUIS (*Entrando.*) ¡Ole!

BART. Y a sentarse...

D. LUIS ¡Ole!

BART. Y a que desembuche...

D. LUIS Sí, señó.

BART. Suplicándole que sea breve.

D. LUIS Un soplo. (*Se sienta.*)

PLÁC. (*Furiosa.*) ¿Pero se vá a sentá...?

BART. (*Imponiéndose.*) ¡Piácida!

PLÁC. (*Resignándose.*) ¡Basta! (*Plancha a golpes.*)

BART. (*A D. Luis.*) Diga.

D. LUIS Pues ná, que vengo de parte de mi amigo Aurelio Ruis, porque lo que le ocurre es un apoteósis de lo trágico.

TODOS ¿Eh?

D. LUIS Su hija Mariquilla, que dise que no quiere seguí viviendo a su lao, y está Aurelio que yo temo que haga una barbaridá. El en esto de la paternidá ha sido siempre un romántico; ahora se le ha desarrollao el paternismo, le ha tomao a la muchacha un cariño sexagenil y, vamos, yo creo que está trastornao. Ya no se tiñe, ya no

presume, ha tarifao con los apaños que tenía y, vaya, que es otro distinto...

BART. Bueno, ¿pero ella?

D. LUIS Hombre, ella estaba acostumbrá a otras libertades; les tiene a ustedes un apego grandísimo y eso de que ustedes no aserten ná de ella, la tiene sin sueño.

PLÁC. ¡Pobresilla!

D. LUIS Sufre mucho. Prinsipia a comé, y al noveno plato rompe a llorá disiendo que ya no pué comé más; que ella se está atracando mientras su tío de su arma carese de tó.

BART. ¡Es un ángel!

D. LUIS Y como también andaba colaílla con aquí el de la sonanta, y le ha escrito y él no le ha contestao...

LUCIA. (*Muy contento.*) ¿Que a mí me ha escrito?

D. LUIS Sí, hombre, sí.

LUCIA. (*Contentísimo.*) ¡Ay, que m'ha escrito! ¡Don Bartolo de mi arma, que m'ha escrito! (*Rasgueando la guitarra.*) ¡Ole, que m'ha escrito...! (*Dejando de tocar.*) Claro, yo no he recibío la carta, porque me he mudao de casa. Además, que sabe Dios cómo habrá puesto ella el sobre, porque como quien la ha enseñao a escribí ha sío don Bartolo.., Vaya usté a sabé cómo habrá escrito mis apellidos.

D. LUIS ¿Cómo son?

LUCIA. El primero es «Güerta», con hache en la gé de gú, y er segundo es Tejada. Pero en fin, lo importante es que me ha escrito. ¡Ole! Hombre, ¿usté sabe por casualidá lo que me desía?

D. LUIS Pues rompía con usté definitivamente...

PLAC. Anda, rasguea, niño, rasguea...

LUCIA. ¡Mi madre!

D. LUIS Por no haber querío usté aseptá de ella los cuarenta duros que le ofresió en er muelle.

BART. ¿Eh...? ¿Que ella te ofresió...?

LUCIA. *(Tristemente.)* Sí, señó; a los pocos días de haberse marchao. Un sábado... Ella sabe que tós los sábados tiene mi madre que pagá el cuarto que vivimos, y sabe que er sábado que no hay con qué pagá, me voy yo ar muelle y ayudo a cargá minerá en los barcos. Es un trabajo muy duro; pero se sacan en una tarde las ocho pesetas que s'han menesté. Muchas veces m'ha visto Mariquilla vorvé de la faena destrosao, partío, hecho porvo; pero con los dineros que hasían farta... Por eso aquel día... ¡como ella es tan güena...! Yo creo que fué a buscarme pá eso. Ya iba vestía de señorita. Me vió en er trajín, se asercó a mi vera, y temblando toa, me dijo: «Toma, Lusiano; esto m'han dao pá ti.» Y me quiso da dos billetes... ¡Yo no los tomé...! ¡No podía tomarlos...! Toa mi sangre, que por ser ná más que colorá, quema como fuego, se me subió a la cara... De una mujé—y no quiero herí a nadie—, de una mujé que no es ná de uno, aunque lo sea tó, pué tomarse tó, menos dinero. Con cá lágrima así, que se me caía de los ojos, le dije: «Vamos a dejarlo, Mariquilla, vamos a dejarlo. Tú estás aonde estás y déjame a mí aonde estoy... Vete de aquí, que te pués manchá...» Y ella se fué y yo seguí mi

faena, y cuando destrosaito vorví a mi casa con las ocho pesetas ganás y le conté a mi madre lo que m'había pasao... ¡que también al contárselo se me caían las lágrimas...! mi madre me sentó en su farda, como cuando era un chavea, y besando mi llanto, me dijo: «¡Así se jase, Lusiano; así se jase...!» ¡Mi vieja de mi arma, qué abraso más apretao le di!

BART. (*Conmovido, a Bartolillo que, avergonzado, lloroso, oculta la cara entre las manos.*) ¿Has oído...? Compara su proceder con el tuyo.

BARTOLI. (*Lloroso.*) ¡Padre...!

SOLE. (*Que ya no puede resistir más al verle llorar. A Bartolo.*) ¡Déjelo usté...! ¿No ve usté cómo sufre?

BARTOLI. Grasias, Soledá... (*Cogiéndola una mano.*) Tú m'has perdonao, ¿verdá?

SOLE. (*Tan seria como digna.*) Desde el primer momento; ya lo sabes.

BARTOLI. Pero... ¿ná más? (*Placida golpea al planchar*)

SOLE. ¡Ná más!

BARTOLI. (*Resignado.*) Está bien. Es mi castigo.

D. LUIS Bueno, señores; a lo que yo he venio, porque ya supondrán ustedes que yo he venío pá argo.

BART. Usté dirá.

D. LUIS Pues como Mariquilla está con er pío pío de usté y no la entretiene ná, porque el auto la marea, y er coche la marea, y er sine la duerme, y la pianola le da jaqueca, y la radiotelefonía sin hilo la asusta, y lo único que la distrae es er punto de media, y ya no sabe lo que hasé la pobre, porque hasta ar piano le ha

hecho una funda, pues me dijo Aurelio: «Hombre, Luis, llégate y dile a Campolerdo y demás allegaos, que yo a ella no la dejo ir allí; pero que vengan ellos a esta casa y armitan argún regalo de ella, pá que ella se quede tranquila, y yo la vea sonreí una vez siquiera...» Y le dió delante mía dos mil pesetas pá cuando vayan ustedes.

BARTOLI. ¡Pobresilla...! Hay que ir, padre.

PLÁC. Claro que hay que ir,

BART. ¡Jamás!

SOLE. ¡Pero por Dios santo, don Bartolo!

BART. He dicho que jamás.

MARI. (*Dentro.*) ¡¡Tío!!

TODOS ¿Eh?

MARI. (*Como antes.*) ¡Tio...!

LUCIA. ¡¡Ella!!

D. LUIS ¡Se ha escapao!

MARI. (*Entrando por la derecha y tan alegre como emperifollada.*) ¡¡Tío...!!

BART. ¡¡Mariquilla...!! (*Se abrazan.*) ¿Pero qué es esto?

MARI. ¿Esto...? (*Al ver a Luis.*) ¡Anda, que está aquí éste...! ¡M'alegro! (*Al ver a Luciano.*) ¡¡Y éste...!!

LUCIA.. (*Algo cortado, sin moverse.*) ¡¡Mariquilla...!!

MARI. ¡¡No te acerques a mí...!! Verá usté lo que esto significa, tío...! ¡Ea...! (*Desprendiéndose de sombrero, piel, collares, pulseras y anillos.*) ¡Er sombrero! ¡Josú! ¡No veía la hora de quitármelo...! (*Poniéndolo sobre la mesa.*) ¡Ajajá...! Y este pellejo... ¡Así...! Y los anillos... ¡Ya

está...! ¡Y los collares...y tó, lo que se dise tó...! ¡Ea...! Y ahora que se vayan los hombres, porque me ví a quitar las naguas, y los sapatos, y las medias de séa, y er corsé, y er sostén y er culó. (*Se sienta en una silla y se dispone a quitarse un zapato.*)

PLÁC. (*Acudiendo a ella.*) ¡Criatura!

SOLE. (*Idem.*) Pero mujé.

MARI. ¡Dejarme!

PLAC. ¿Estás loca...?

MARI. Loca me ví a gorvé... (*Llorando*), que yo no pueo consentí lo que está pasando; que cá vé que m'acuerdo de que en mi casa, que es ésta, fartará er pan algunos días, mientras que yo me siento en er comedó y me sirve un tío con guante y me hincho de comé cocletas, se me pone una nube de pena o en la vista, que me las tienen que quitar de delante, porque no sé las que me como. ¡Y eso no! Mi tío de mi arma sin comerlas... (*Por Plácida y Soledad.*) Ustedes, que seis tan güenas, sin probarlas. (*A Bartolillo*), tú sin olerlas y tú... (*Por Luciano que ni la mira.*) ¡¡No te acerques, Luciano, no te acerques a mí...!! (*A los demás.*) ¡No! ¡Ea! ¡Ya está dicho! Aquí estoy, aquí me quedo, de aquí no me sacan ni arrastrá. Que vaya uno a empeñá tó eso y vengan cocletas pa tó er mundo, o me tiro por ese barcón a la calle.

PLAC. Pero Mariquilla...

SOLE. Pero mujé...

BARTOLI. ¡Escúchame...!

D. LUIS ¡Oyeme...! (*Mariquilla a Luciano, que continúa*

sin mirarla siquiera.) ¡¡No me digas ná!! Luciano, no me digas ná.

BART. ¡¡Silencio...!!

PLÁC. ¿Eh?

BART. ¡A callar se ha dicho! (*Recoge todo lo que abandonó Mariquilla.*) ¡Señorita... cocletera! Aquí tiene usté lo suyo. En esta casa no se armiten dádivas de nadie. Aquí somos pobres pero honraos.

MARI. ¿Es que yo no soy honrá?

BART. Y tú que no lo seas, que te parto un ojo; eso es aparte. Pero tome usté sus joyas, póngase usté su sombrero, déjenos usté con nuestra honrada pobresa y quédese usté con su corsé, su sostén y su culó. A los piés de usté. (*Le vuelve la espalda.*)

D. LUIS ¡Es un prócer!

MARI. ¡Es un tonto!

PLAC. ¡Ole!

BART. ¡Sobrina!

MARI. ¡Qué sobrina, ni qué rábanos, caray; que ya estoy yo harta de tanta tontería...! El uno que si la vergüensa, el otro que si la dirnidá... ¡Música...! Míreme usté a la cara. Yo soy Mariquilla, la que s'ha criao a su lao de usté, la que s'ha comío su pan y l'ha quemao tantísima sangre cuando era un comino; pero que en cuanto tuvo dos deos de rasón se lió a hasé punto de media pá comprarle a usté pan, tío. ¡¡Yo...!! ¡Míreme usté! ¡Yo! Y ahora me lo paga usté llamándome señorita cocletera. ¡Descastao! ¡Mal corasón! ¡Desagradesío...!

¿Pá qué me sirve toas las cosas de punto que he hecho en esta vía? Más me hubiera valío haberlas emparmao y a estas horas le pongo yo un jersey a la Torre del Oro que me hago célebre. (*A Luciano, que no diceni pío.*) ¡Déjame, Luciano...! ¡¡No me hables...!!

BART. Pero escucha, Mariquilla...

MARI. Yo no escucho ná. ¡Ea! Las cosas claras. ¿Se queréis veni conmigo? En casa de mi padre hay cama, y mesa, y trabajo, y dinero pá tós.

BARTOLI. ¡Vamos!

PLAC. ¡Sí!

BART. ¡¡No...!!

MARI. ¿No? Pues yo me queo. Si quiere usté, bueno, y si no quiere también. O tós felises o tós desgrasiaos. ¿Tós desgrasiaos? Pues ya está dicho. ¡Venga lana y vengan jerseys! Usté vuerve a sé mi tío y yo su sobrina... (*A Bartolillo*), tú mi primo y yo tu prima, y tú...(*A Luciano*), ¡¡repíteme eso!! ¡Repítemelo!

LUCIA. ¿Eh...? ¿Pero qué?

MARI. (*Casi llorando.*) Eso de que no me has olvidao, Lusiano de mi arma, porque es que... la verdá, sin tu cariño, sin el de todos, yo no puedo viví.

LUCIA. ¡Bendita sea tu boca!

BARTOLI. (*A Bartolo, suplicante.*) ¡Padre...!

BART. (*Conmovido.*) Sí, dices bien. ¡Todos cabéis en mi corasón! Lo pasao, pasó. Es como si los relojes se hubieran quedao quietos toas estas horas amargas, y echaran a andá en este día. ¡Mi casa! ¡Mi gente. .! ¡Cara a la vida de nue-

vo...! Plácida; desde hoy voy a vivir nuevamente con mi hijo y con mi sobrina. Lo siento mucho; pero es necesario que busque usté dónde meterse, porque...

LUCIA. (*Aterrado.*) ¿Eh?

BARTOLI. (*Idem.*) (¿Qué?)

PLAC. ¿Cómo...?

SOLE. (¡Dios mío!)

PLAC. ¿Pero esa charraná conmigo?

SOLE. ¡Madre!

PLAC. ¡Déjame! (*A Bartolo.*) ¿Que la que sobra aquí soy yo? ¿Que me echa usté de mi casa. .? ¡Ea! ¡S'acabó! ¡A la calle tó er mundo! Porque esta casa es mía, porque la pago yo; y lo que aquí se come lo pago yo... ¡¡Yo!! (*A Soledad.*) Saca las cartulinas pá que se convensa.

SOLE. ¿Pero...?

PLÁCI. ¡¡Obedese!! (*Soledad hace mutis por la izquierda.*)

BART. (*Perplejo.*) No me explico...

PLÁCI. Sí, hombre, sí... que en esta casa no hay más dinero que el mío, ni más reaños que los míos, porque pá que usté coma he empeñao yo hasta las niñas de los ojos, so tío gilí.

BART. ¡Plácida!

PLÁCI. Y no son selos, porque usté quiera a ese, y a ese, y a ese, y ar que usté quiera queré. ¡Selos yo! ¡En seguía! Soy yo mú señora pá eso. ¿A mí me quiere usté menos que a los demás? Pues que lo sursan a usté.

BART. ¡Pero Plácida!

PLÁCI, ¿Y sabe usté lo que yo le digo? Pues que eso

de viví de lástima de los demás,puede que sea una martingala de usté! ¡Ea! Ya se lo he dicho a usté ¡Ya se lo he sortao! Porque hay quien vive de valiente; hay quien vive de granuja; hay quien vive de guapo, y usté vive de lástima, de compasión... Vamos, hasiéndose el chiquito, y el bueno, y el tonto, y el desgrasiao. ¡El caso es no trabajá, so fresco!

BART. (*Mirando al techo.*)¿Estás oyendo, Mandinga?

PLÁCI. ¡Deje usté a Mandinga, hombre! ¡Mandinga! ¿No se llamaría Mandanga?

BART. ¡¡Plácida...!!

SOLE. (*Con muchas cartulinas con letreros.*) Aqui está esto.

BART. (*Estupefacto.*) ¿Eh? ¿Pero...?

D. AUR. (*Por la derecha, jadeante, nerviosísimo.*) Buenas tardes... ¿Está aquí? (*Al ver a Mariquilla.*) ¡Sí!

D. LUIS Sí, conmigo.

D. AUR. (*A D. Luis.*) ¡Gracias...! Perdón, amigo don Bartolo.

BART. ¿Cómo? ¿Qué...?

MARI. (*Echándose en los brazos de Bartolo.*) ¡Ay, no, no; yo con usté siempre; con usté pá siempre. ¡Protéjame usté!

BART. ¡Calla!

D. AUR. (*Por un papel que trae en la mano.*) Yo he recibido esta carta...

MARI. (*Muy nerviosa.*) ¡Yo la he escrito, yo!

D. AUR. Y en ella me dice que huye de mi casa, que no puede vivir sin los suyos.

MARI. (*Como antes.*) Sí, señor,usté perdone; pero yo no me voy de aquí.

D. AUR. (*Resuelto y sentandose.*) Está bien. Ni yo tampoco.

BART. ¿Eh?

D. AUR. ¡Que ni yo tampoco! ¿Está usté sordo?

BART. (*A Mariquilla.*) Espera, mujer, no tiembles. (*A D. Aurelio.*) ¿Qué significa esto?

D. AUR. Significa que he probao las delicias del cariño de esa mocosa...

MARI. (*Pasandose el dorso de la mano por debajo de la nariz.*) ¿Yo?

D. AUR. ...Y que estoy decidido a correr su suerte. Abierta está mi casa para todos. Sé sus amores con ese de la guitarra. ¡Consiento! Yo lo haré un hombre. Sé su cariño por ese sinvergüensa. (*Por Bartolillo.*) Yo lo redimiré. Plásida, usté que tiene buen corasón, ayúdeme. Mi casa es la suya. Soledá, haré de tu novio un hombre honrao, y usté, don Bartolo será el amo, su voluntad será la mía, ¿qué más puedo hacer? ¡Mándeme usté!

BART. ¿A dónde...? (*A Mariquilla.*) Todo esto es una comedia fraguada por tí, lo veo claro; pero has dado en hueso. (*Rechazándola.*) ¡Vete!

MARI. ¡Tío!

PLÁCI. ¿Pero qué dice este tio? (*A Bartolo.*) Despierte usté, hombre. ¿Dónde va usté a í que más varga...? ¡Enséñale las cartulinas que pintó, a vé si se le cae la venda de los ojos! ¡Ahí vá esa mosca! (*Mostrandole un letrero que dice: «Hace y tunas. Sé villanas.»*) ¿Usté se cree que esto lo armiten en arguna parte? Trae otro, mujé. (*Presentando otra cartulina con el si-*

guiente rótulo: «Alpiste.») ¿Eh? ¡¡Sin hache!! Pues así son todos... ¡Y usté en la higuera! ¡Ea! Aquí lo que hay que hasé pá que este hombre se convensa es dejarlo solo y arrinconao. Verá usté cómo se viene detrás de nosotros. ¡Hála, a comé cocletas tó er mundo! (*A Mariquilla.*) Tú, con tu padre y con tu novio... (*A Bartolillo.*) Tú, con tu prima y con tu novia... y conmigo, que ya vas bien... (*A D. Luis.*) Usté... a la porra... y yo, detrás. ¡A la del Rey...! (*Empujándolos a todos y haciéndoles salir.*) Andando, vamos, hála, fuera tó er mundo, pronto, listo, ya... (*A Bartolo.*) Hasta luego. ¿Eh? Allí le esperamos a usté con la comida en la mesa, que aquí se queda er puchero boca abajo. ¡No tarde! ¡Pues hombre! ¡No tuviera más que vé...! ¡Mardita sea mi vía y mi corasón! ¡Mandanga! (*Vase detras de todos.*).

BART. (*Solo.*) ¡Todos felices...! Mandinga, tú me comprendes y sabes que no tengo más remedio que seguirlos... ¡Son los míos...! ¿Qué puedo, qué soy, qué valgo sin ellos? No sería leal si no les agradeciera el santo engaño en que me tuvieron... (*Se pone el sombrero.*) Claro que si yo... Pero es morirme de hambre... ¿Y qué? ¡Ah! !No...! ¡Nunca me perdonaré este momento de vacilación! ¡Vivir de limosna! ¡Jamás! (*Se quita el sombrero y se asoma al balcón.*) ¡Gentusa...! ¡No me esperéis nunca...! ¡¡Nunca...!! ¡Bartolo tiene una flauta! (*Entra y cierra el balcón, sollozando.*) ¡Sí! ¡Mo-

rir es mejor,..! (*Se deja caer junto a la mesa llorando.*) ¡Bartolo tiene una flauta...!

PLACI. (*Entra en escena resueltamente, lo ve, se acerca a él, le coge como si fuera un lio de trapos, le suspende y se lo lleva en vilo, como si llevara el canasto de la compra.*) ¡A comé cocletas.. ! (*Un gesto tragicómico de Bartolo, y telón.*) (1)

FIN DEL SAINETE

(1) Si la actriz no puede con el actor, que le ayuden los demás personajes.

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Duodécima edición.)
De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Séptima edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Celos, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervos y Carbonell.
A primera fila, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir a tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un sólo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras! sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa. (Tercera edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico, con musica del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La niña de las planchas, entremés lírico. (Segunda edición.)
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es nú, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de la Jarosa, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Lolita Tenorio comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición, melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Tercera edición.)
Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epilogo. (Segunda edición.)
John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable, en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
Los rifeños, entremés en prosa.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Versalles madrileño, sainete en un acto.
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
De rodillas y a tus piés, entremés. (Segunda edición.)
La casona, comedia dramática en dos actos.
Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Garabito, chascarrillo en prosa.
La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La fórmula 3 K 3, disparate en un acto. (Segunda edición.)
Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)
La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.
Los planes de Milagritos, apunte de sainete.
Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.
La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.
El mal rato, paso de comedia.
Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La razón de la locura, comedia gran guiñolesca, en tres actos. (Tercera edición.)
Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)
La mujer, paso de comedia.
Pepe Conde o el mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
San Pérez, juguete cómico en tres actos.
El Parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)

El castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés (Segunda edición.)
La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
El fresco del fuego, entremés.
El ardid, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
El pecado de Agustín, comedia dramática en tres actos.
Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
El número 15, sainete en tres actos. Música del maestro Guerrero. (Segunda edición.
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.
El sinvergüenza en Palacio, zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna.
La señorita Angeles, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.
El conflicto de Mercedes, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
¡¡Plancha!!, entremés.
Regina, comedia en tres actos y un prólogo.
El Goya, juguete cómico en dos actos.
Los frescos, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La pluma verde, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
El Vaticinio o S. S. S.
El Rey nuevo, zarzuela en tres actos. Música del maestro Jacinto Guerrero.
¡Ay, que se me cae...!, monólogo.
Las hijas del rey Lear, comedia en tres actos, original.
Las cosas de Gómez, juguete cómico en un acto.
El filón, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
Las alas rotas, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
La muerte del Dragón, cuento en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, en prosa y verso, con los ripios absolutamente indispensables.
La mujer de nieve, zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Rosillo y Moreno Torroba.
Castigo de Dios, comedia en tres actos. Música de Angel Barrios.
Bartolo tiene una flauta, sainete en tres actos.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

¡Al balcón!, juguete cómico en un acto. (Edición agotada.)
Lola, entremés. (Edición agotada.)
Tal para cual, juguete cómico en un acto. (Edición agotada.)
La primera lección, monólogo. (Edición agotada.)
Las marimoñas, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes.
Los Florete, juguete cómico en un acto.
El sino perro, entremés.
El Don Cecilio de hoy, revista lírica de asuntos sevillanos, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa y verso. Música de varios maestros sevillanos. (Sin publicar.)
Boceto al óleo, juguete cómico en un acto.
Flores cordiales, inocentada lírica en un acto y tres cuadros. Musica de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes. (Edición agotada.)
La victoria del cake, humorada satírica en un acto. Música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes. (Edición agotada.)
La penetración pacífica, humorada satírica en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes.
A la lunita clara, entremés. (Edición agotada.)
A la vera del queré, sainete lírico en un acto, dividido en dos cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El gordo en Sevilla, sainete en un acto. (Edición agotada.)
Para pescar un novio.... entremés.
El alma del querer, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Amadeo Vives y Tomás Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto. (Edición agotada.)
¡Por peteneras!, sainete lírico en un acto. Música del maestro Rafael Calleja. (Tercera edición.)
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptada del alemán a la escena española.
La canción húngara, opereta en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

El medio ambiente, comedia en dos actos.
Cosa fina, sainete en un acto. (Tercera edición.)
Me dijiste que era fea..., comedia en tres actos.
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos y una película. (Cuarta edición.)
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El milagro del santo, entremés.
El latero, entremés. (Sin publicar.)
El incendio de Roma, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Tomás Barrera.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos. (Agotada.)
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Cachivache, sainete lírico en un acto. Música del maestro Calleja.
Naide es ná, sainete lírico en un acto. Música del maestro Joaquín Taboada Steger.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Las pavas, apropósito cómico-lírico en un acto. Música del maestro Luis Foglietti.
El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, en prosa y verso. Música del maestro Amadeo Vives.
Las mujeres mandan o contra pereza diligencia, sainete en dos actos, dividido en seis cuadros.
Los últimos frescos, sainete en dos actos. (Edicion agotada.)
El marido de la Engracia, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Joaquín Taboada Steger y Tomás Barrera.
El presidente Mínguez, astracanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
Paz y Ventura o el que la busca la encuentra, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Luis Foglietti y Eduardo Fuentes.
Albi-Melén, juguete cómico-lírico en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Rafael Calleja.
La última astracanada, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros. Música del maestro Eduardo Fuentes.
Los rifeños, entremés en prosa.
El oro del moro, sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edicion.)
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un act . (Segunda edición.)
De rodillas y a tus pies, entremés. (Segunda edición.)
La fórmula 3 K 3, disparate cómico en un acto. (Segunda edición.)
Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
Trianerías, sainete lírico en dos actos, divididos en seis cuadros. Ilusfraciones musicales del maestro Amadeo Vives. (Edición Pueyo, y tercera de la Sociedad de Autores.)
Las Verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música del maestro Amadeo Vives. (Edición Pueyo.)
La Tiziana, Entremés lírico. Música del maestro Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.
Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
Pepe Conde o el mentir de las estrellas, sainete lírico en seis cuadros, dispuestos en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives. (Tercera edicion.)
Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edicion.)
El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico-lírico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Joaquín Taboada Steger.
La primera siesta, chascarrillo en acción.
San Pérez, juguete cómico en tres actos.
El Parque de Sevilla, farsa sainetesca en dos actos, divididos en seis cuadros y un prólogo cinematográfico. Música del maestro Amadeo Vives.
La hora del reparto, sainete lírico en un acto. Música del maestro Jacinto Guerrero.
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.
El sinvergüenza en Palacio, bufonada cómico-lírica en tres actos. Música de los maestros Amadeo Vives y Pablo Luna. (Sin publicar.)
El número 15, sainete lírico en dos actos, divididos en seis cuadros. Música del maestro Jacinto Guerrero.
¡Arriba los corazones!, comedia en tres actos.
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.
¡Plancha!, entremés.
¡Ah! va esa mosca!, juguete cómico en dos actos.
El Goya, juguete cómico en dos actos.
La pluma verde, comedia en tres actos.
El Rey nuevo, zarzuela en tres actos. Música del maestro Jacinto Guerrero.
Las cosas de Gómez, juguete cómico en un acto.
Lola, Lolita, Lolilla y Lolo, sainete en un acto.
La mujer de nieve, zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Rosillo y Moreno Torroba.
Castigo de Dios, comedia en tres actos. Música de Angel Barrios.
Bartolo tiene una flauta, sainete en tres actos.

Del alma de Sevilla. Primera coleccion de novelas cortas y cuentos andaluces. Prólogo de Rodríguez Marin. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. Edicion Garnier Hermanos, Paris. Un tomo, 8.°, rústica, tres pesetas.

Precio: 4 pesetas

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T443
v.164
no. 1-7